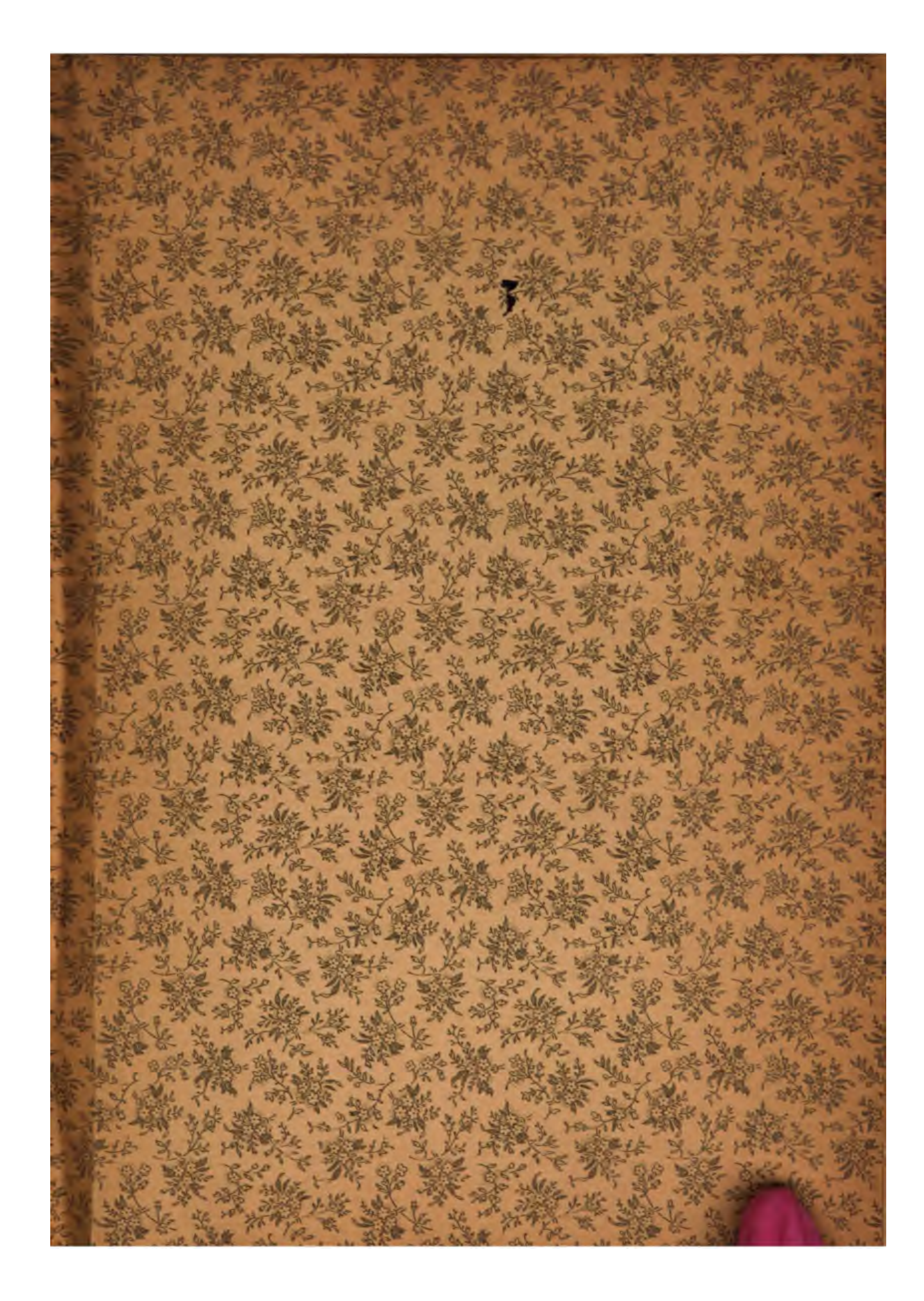

B 857,267


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
Philip E. Bursley



19-3

(10)

Recuerdo de Manuel [illegible]
[illegible] y maestro D. [illegible] Cortés [illegible]
[illegible]

LA MUERTE DE CÉSAR,

TRAGEDIA,

POR DON VENTURA DE LA VEGA,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1863.

Gift
Philip E. Bursley
3-24-57

5-21-57

Á LOS EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

DON MARIANO ROCA DE TOGORES

Y

DOÑA MARÍA DEL CÁRMEN DE AGUIRRE-SOLARTE,

MARQUESES DE MOLINS.

Madrid 24 de Diciembre de 1862, á la una de la noche.

En estos momentos de profunda emocion para mí; cuando el voto unánime del auditorio reunido en tu casa, y compuesto de jueces tan competentes en materias de buen gusto, me hace creer que tiene algun valor la obra que acabo de leerles; siento en mi corazon el deseo de dedicártela á tí, mi querido Mariano, á tí, mi compañero y amigo de la infancia; y á tu digna esposa, cuya superior inteligencia sabe hermanar el rígido cumplimiento de los deberes maternales con su innata inclinacion á los goces literarios y artísticos.

Á entrambos dedico mi Muerte de César: así les pago, de la manera que puedo, la estimacion, el afecto, el fraternal cariño que les merece

Ventura de la Vega.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

Entre las poesías de D. Alberto Lista, hay un soneto á *Marco Bruto*, que dice así:

¿Pensaste ¡oh Bruto! que á nacer volviera
La libertad, do Sila no aterrado
Depuso la segur, de herir cansado,
Teñida en sangre de la Italia entera?
¿De qué al mundo sirvió tu virtud fiera?
Á un tirano clemente y desarmado
Dado te fué oprimir: mas no fué dado
Que libre Roma y corrompida fuera.
Pérfido Octavio, Antonio sanguinario,
Pendiente de un puñal, con mano impía,
Tienen ya esa corona que aborreces.
¡Oh virtud necia! ¡Oh brazo temerario!
Si era forzosa ya la tiranía,
¿Por qué á monstruos tan bárbaros la ofreces?

Este soneto me inspiró la presente tragedia: ó por mejor decir, mi tragedia toda está en este soneto. De él he tomado no solamente el pensamiento capital, sino el del primer cuarteto, como verá el lector en la escena VII del acto III, y el del terceto final, con un verso casi copiado, que es lo que dice Servilia al terminar, y en donde está la síntesis de toda la obra. Así es que si ella vale algo, se lo deberé á mi sabio maestro, que, áun despues de su muerte, alienta y dirige el pobre ingenio de uno de sus discípulos más queridos. Me complace hallar esta ocasion de rendir á su memoria el tributo de mi profunda y eterna gratitud.

Una vez prendado del pensamiento, me dediqué á estudiar á fondo la época que iba á tratar en cuantas obras pude haber á las manos, que tuvieran relacion con ella, porque desde luégo me im-

puse la condicion de no desnaturalizar la historia, ni en sus hechos, ni en los caractéres de los personajes; de modo que mi obra fuera un cuadro verídico de la gran catástrofe de César.

Hacer con tales cortapisas una tragedia que tenga vida é interés dramático, me parece empresa difícil; por eso dudo haberlo conseguido; pero ello es que lo he intentado.

Otra cosa he intentado además, y tampoco sé si con buen éxito.

Con la revolucion llamada *romántica* ha sucedido lo que con todas las revoluciones: vienen derribando por tierra cuanto encuentran; pero así que pasan, lo que no debió caer vuelve á levantarse, y sólo queda muerto lo que debió morir.

El *romanticismo* proclamó la muerte de las tres unidades, hijas de la escuela clásica del siglo XVIII: las tres unidades han quedado muertas, porque debian morir; pero se ha levantado la *unidad*; unidad de *accion* la llaman unos; unidad de *interés* otros: yo la llamo *unidad de pensamiento*: todos queremos decir lo mismo: todos nos referimos á esa condicion indispensable, á ese principio eterno, sin cuya observancia no hay obra de arte, ¿qué digo obra de arte? no hay nada en el mundo que convenza, que persuada, que sea bello, que produzca placer.

Citaré en abono de esto una autoridad respetable, y quiero referir la ocasion, porque prueba la general aplicacion del principio.

Recuerdo que hace años, muchos años, iba yo á comer, de vuelta de los toros, á una casa, donde tambien comia D. Manuel José Quintana. «¿Qué tal la corrida?» me preguntaron: Mala, dije yo: ha habido *division de plaza*, y á mí la division de plaza me fastidia, no sé por qué.»—«Y á mí, y á mí», dijeron casi todos los presentes. Dirigiéndome entónces el inmortal poeta aquella mirada centelleante, me dijo en un tono de amable reconvencion: «La unidad, amigo Vega; falta la unidad!»

Era yo á la sazon furioso romántico, y desde aquella tarde empezó mi conversion.

Convalecido de la fiebre que por aquel tiempo habia exaltado nuestras cabezas hasta el más extravagante delirio, recobré mis antiguos gustos literarios, si bien ya con las modificaciones que en ellos habia hecho el poder de la revolucion. *Corneille* y *Racine* volvieron á ser, como lo habian sido ántes, como lo son ahora, mi admiracion y mis delicias; y empecé de nuevo á lamentarme de ver desterrada del teatro la *tragedia*, bajo pretexto de que aquel género habia muerto. Eso no podia yo comprenderlo: ningun género muere: los géneros son todos buenos, como dice *Boileau*, ménos el *género tonto*. Los románticos impenitentes pretendian

probar que el *drama* ha sustituido á la llamada *tragedia clásica*. Tampoco esto lo veo yo claro: á mis ojos la tragedia y el drama son dos cosas de distinta naturaleza. No; el drama no es la tragedia: es un hábil conjunto, es una feliz combinacion de la tragedia y la comedia. Así es que en aquel tiempo le vimos aparecer al frente de la revolucion, ahuyentando á la una y á la otra, para sustituirse á las dos.

Por el pronto logró su objeto: ambas cayeron á tierra.

La *comedia*, más suelta, más ágil, con su gracejo, su donaire y sus muchos amigos, halló muy pronto quien le diera la mano y la levantára del suelo: presentóse de nuevo: su reaparicion fué recibida con aplauso; y hoy divide, cuando ménos, con su antiguo rival, el imperio del teatro.

La *tragedia*, matrona grave, majestuosa, intransigente, yace todavía revuelta en su manto de púrpura, postrada, vencida; pero no muerta. La severidad y orgullo de su trato hacian que sus amigos fuesen contados. Alguno de ellos le tendió su poderosa mano, y la hizo valerosamente mostrarse en toda su antigua y hermosa majestad; pero abandonada de nuevo, volvió á caer en la postracion y el desaliento

Yo, que la amo entrañablemente, he formado el atrevido proyecto de ayudarla á que repita su presentacion. Pero al alargarle la mano, no sintiéndome con las fuerzas que el autor de *Virginia*, le he puesto condiciones, á favor de las cuales me arriesgo á salir al público con ella. Hélas aquí:

Respetaré su antigua forma, ó como ahora se dice, la parte *plástica*. Cinco actos: son suficientes para el desarrollo de cualquiera accion: más, producen cansancio: ménos, rebajan su importancia. Siempre en verso y en romance endecasílabo y á asonante por acto.

En cuanto á *unidades*, ya lo he dicho ántes: la única legítima, indispensable, eterna. Un solo pensamiento moral, social ó político, que nace, se desarrolla y se completa; y allí donde se completa, acaba la obra; y por consiguiente, una sola accion principal y un solo interés; y en éstos, más viveza, más complicacion, más incidentes, más movimiento.

Por lo que hace al estilo y al tono, las condiciones que le he puesto han sido más duras, más radicales.

Una de las cosas por que tenia tan corto número de amigos, era su entonacion, siempre igual, uniforme, altisonante, épica: ha sido preciso transigir.

Mucha variedad de tonos: subirémos hasta la epopeya cuando

sea conveniente; pero en ocasiones humillarémos el estilo hasta lo familiar, hasta lo epigramático.—¡Cómo! ¿hacer reir en una tragedia?—Hacer reir, sí tal; pero con aquella gracia ática, que saca á los labios una sonrisa culta y delicada.

Y ese será el límite. Nuestro endecasílabo no bajará nunca á prostituirse entre lo vulgar ni ménos entre lo grosero; porque tampoco admitirémos nunca en nuestra compañía personas de tal calaña. Esa licencia la tiene el *drama*; y es lo que constituye, en mi juicio, la diferencia esencial entre los dos géneros.

Con estos nuevos atavíos, y como si dijéramos, vestida á la moda del siglo XIX, saco de nuevo á la olvidada *tragedia*, ansioso de reconciliarla con el público.

Aquí está: se llama LA MUERTE DE CÉSAR: el título lleva consigo gran responsabilidad. *Shakspeare*, *Voltaire* y *Alfieri* han tratado el mismo asunto: el primero con todo el desórden archiromántico de su genio colosal; los otros dos, sobre todo el segundo de ellos, con toda la aridez de la escuela clásica.

Mi plan no le debe absolutamente nada á ninguno de los tres: lo he trazado, como dije ántes, sobre la historia.

El personaje de *Servilia* es creacion mia: los historiadores la nombran; pero nada notable dicen de ella: sólo que era madre de Bruto; que fué en sus mocedades amante de César, y que ambos tenian á Bruto por hijo de estos amores.

Así pues, *Servilia* no es una excepcion del propósito que, segun digo al principio, habia hecho, de no desfigurar los personajes históricos: este lo he creado, no lo he desfigurado. La crítica ó la alabanza que por su invencion merezca, no tengo que partirla con nadie.

Una cosa diré: y es, que miéntras no me ocurrió el personaje de *Servilia*, tal como lo he ideado, no ví tragedia posible.

Shakspeare, en su *Julio César*, saca á *Calpurnia* y á *Porcia*; pero ni la una ni la otra se enlazan con la accion, ni contribuyen á detener ni á precipitar la catástrofe. Son dos retratos arrancados de Plutarco, que podrán interesar aisladamente; pero que no dan interés á la accion del drama. Shakspeare era el gran poeta de los pensamientos y de los caractéres; de lo demás no se cuidaba.

Voltaire y Alfieri no encontraron mujer; y sus dos tragedias pasan entre hombres solos. Defecto capital: donde no hay mujer, falta algo; falta mucho. Así, en las dos obras hay una aridez, una pobreza, un vacío, que desconsuela.

Voltaire, estirando el asunto, no pudo pasar de tres actos.

Alfieri llegó á los cinco, haciendo el acto primero con una sola

escena; el segundo con dos, y así los demás; y llenándolos de mucha conversacion, soberanamente escrita, es verdad; pero conversacion, y no accion, ni movimiento, ni interés.

Y consiste en que el hecho históricamente es grande; pero el asunto dramáticamente es pobre; no hay en él más que una sola situacion, y con una sola situacion no se puede hacer un drama.

Por eso dije ántes, y repito ahora, que yo no me hubiera atrevido á hacer el mio, á no haber hallado en la casual, y creo que feliz, invencion del personaje de Servilia, una mina de situaciones altamente dramáticas. Las hay indudablemente; lo que puede ser es que yo no haya sabido aprovecharlas.

Una vez aceptado el hecho, enunciado por todos los historiadores, de que Bruto era hijo de César, *mi Servilia* es el eje de la obra; sin *mi Servilia* no hay tragedia. Prescíndase de ella, y dígaseme qué razon existe para que César no descubriera á Bruto, muchos años ántes, el secreto de su nacimiento, y se lo llevára consigo y lo educára como á su hijo y su heredero. Y no que aguarda, como hacen Voltaire y Alfieri, á decírselo la víspera de la catástrofe, cuando Bruto, en su exaltacion republicana, está ya comprometido y hasta juramentado con sus compañeros de conjuracion. Esto, sobre ser inexplicable, produce el repugnante espectáculo de un hijo que mata á su padre, sabiendo que lo es: y da ocasion á aquellos dos versos que Voltaire pone en boca de *Casio*, dirigidos á *Bruto*, cuando éste cuenta á sus amigos la revelacion que le ha hecho César:

Mais, dis, sens-tu ce trouble, et ce secret murmure,
Qu'un prejugé vulgaire impute à la Nature?

¡Dos versos que no sé cómo hay mente humana que los imagine, ni mano que los escriba, ni público que los oiga!

Ahora bien, con *Servilia*, la inverosimilitud desaparece: el horror se convierte en interés.

César calla el secreto, porque *Servilia* está por medio, y no podia descubrirlo sin destruir su honra, sin afrentarla y perderla. Hace lo único que podia hacer, que es instarla para que le permita revelarlo; y de aquí la lucha que se traba en el corazon de *Servilia* entre su honra y su amor maternal.

Esta lucha, manejada por cualquiera de los dos grandes poetas citados, ¡qué tragedia no hubiera producido! Yo, pobre de mí, he hallado por casualidad el filon de la mina; en su laboréo no sé cuánto metal he sacado: nunca me alcanzará sino para un modesto pasar.

Las obras, como decia *Quintana*, no viven por el *córte*, sino por el *cosido*; y el *cosido* de Voltaire y Alfieri, en las dos tragedias á que aludo, basta á inmortalizarlas.

Y perdónenme mis lectores que tanto me detenga á hablar de Servilia; es mi hija verdadera: los demás son adoptivos. Y luégo, tambien acontece que los padres suelen querer más al hijo más feo, ó á aquel cuya crianza les ha costado más trabajo.

Esto me ha pasado con Servilia.

Acerca de ella he oido ya decir: «Es demasiado mujer de nuestros dias; yo la quisiera más romana.»—Yo no lo creo así.

Hacer de Servilia una segunda edicion de su hermano, una especie de Caton hembra, que le pusiese á Bruto el puñal en la mano para que matase á su padre, sobre ser dramáticamente repugnante, sería tambien moral é históricamente falso.

No hay que exagerar las cosas: esos rasgos de heroismo estoico, de virtud sobrenatural, no eran, así como quiera, elemento comun del carácter romano. Junio Bruto sentenciando á muerte á sus hijos por conspirar contra la patria, fué admirado, ensalzado, elevado hasta los cielos; y era á los principios de Roma, cuando las costumbres estaban en todo el vigor de su aspereza primitiva. Lo mismo pasó despues con Virginio, que mató á su hija por sustraerla á la deshonra.

Estos nombres, y alguno otro parecido, descuellan en la historia de Roma, como objeto entónces y ahora de asombro y admiracion; prueba de que la cosa no era tan comun.

Y si esto es con los hombres, ¿qué diré con las mujeres?

Corneille pasa, y con razon, por el poeta que mejor ha retratado á los romanos. Pues véase en su magnífica tragedia *Horacio*, el personaje de Camila. ¿Qué hay en ella de esa sequedad de alma, de ese triunfo de la romana sobre la mujer, que se echa de ménos en mi Servilia? Camila se desata en imprecaciones tremendas contra su hermano, que ha muerto á su amante Curiacio en buena lid y por la salud de la patria; y tales blasfemias dice contra él y contra Roma, que Horacio se ve obligado á matarla.

Y cuenta que esto no lo inventó *Corneille*: de la historia tomó el hecho, de la historia el carácter de Camila, y hasta literalmente las palabras que pronuncia Horacio al matar á su hermana: «¡Así perezca cualquiera romana que ose llorar á un enemigo!»

¿Y se pretende que una mujer de los tiempos de *César* sea más dura, más áspera, más varonil que una de la época de *Tulo Hostilio*?

No: yo no veo que mi Servilia sea la mujer de nuestros dias, la

mujer del cristianismo. Y si por ventura he iluminado su alma con algun rayo de la luz que sobrevino á poco, es porque creo que ese rayo comenzaba tambien á iluminar el mundo; es porque creo que en aquellos dias alboreaba ya el resplandor del *Sol* que iba á aparecer; que César era el iniciador del principio de progreso y de libertad; y era natural entónces que la mujer, ese ser por excelencia sensible, amoroso, espiritual, fuese la primera que presintiese instintivamente la transformacion que iba á sufrir la naturaleza humana, con una revolucion hecha por el sumo Amor y encarnada en las entrañas de una mujer.

Bastante de romana, ó por mejor decir, de pagana, le queda á Servilia con el partido que adopta de quitarse la vida para resolver la cuestion con que batalla. Esta accion, condenada por el cristianismo, era entónces una heroicidad, y en ocasiones hasta un deber. Creo que apelando á ella Servilia, en la situacion en que lo hace, pone á su carácter un sello romano tal, que aleja toda acusacion de anacronismo.

La mujer cristiana, arrostrando su deshonra, resignándose con su humillacion, vive, porque espera despues la recompensa. La mujer romana se mata, porque nada espera despues.

Y ahora podria suceder que los que han hecho esa crítica de Servilia, despues de leer mi defensa, dijeran: «Lo que sacamos en claro es que la concibió bien y la ha dibujado mal.» Puede que en eso tengan razon: aguardemos el fallo del público.

Y basta ya de Servilia.

En la figura de *Bruto* me he tomado alguna libertad, y es la única de que me acuso, respecto á los personajes históricos.

Ese amor, esa veneracion, ese entusiasmo que siente por César, esa esperanza que funda en su alma grande, en su virtud republicana: todos esos afectos que luchan en él con el deber que cree que la patria le impone, de matar al tirano, es cosa que no dice la historia: allí no es más que el catoniano estóico, que acomete la empresa, impasible y frio. Yo creo que pintándole como le pinto, no le quito nada á su virtud, y le hago más simpático, más interesante, más *humano*, y hasta más héroe.—El público dirá.

No tengo otro pecado que confesar. Los demás personajes así eran: taimado y sanguinario Marco Antonio; activo y astuto Casio; al gran Ciceron, quebrantado ya por los años, no le quedaban más que su vanidad y sus dichos agudos contra el Dictador.

En cuanto al retrato de César, he puesto el mayor conato en ser religiosísimo observador de la historia. ¿Quién se atreveria á inventar cosa alguna, que pudiera compararse con lo que hizo y lo

que dijo aquel hombre, el más grande que habian producido los siglos, hasta que Dios envió otro en quien quiso:

Del creator suo spirito
Più vasta orma stampar?

Por lo demás, ya en el dia no es materia cuestionable, porque la filosofía de la historia lo ha probado, que César era, como he dicho ántes, el verdadero representante del progreso social, el que queria abolir la tiranía de la Ciudad, extender el derecho de ciudadanía, crear el imperio, hacer á Roma cabeza, y no opresora, del mundo que tenia á sus plantas; al paso que Bruto y sus amigos eran los defensores del privilegio, los sostenedores del principio estrecho, aristocrático y oligárquico, de la tiranía de los Patricios sobre el pueblo, y de la de Roma sobre el mundo. En una palabra: Cesar era el liberal: Bruto, el retrógrado.

Diré en defensa de Bruto que esto se comprende ahora: entónces no debió verse así; y los matadores de César obedecieron sin duda á un sentimiento patriótico. Se alucinaron ciertamente respecto á la época en que vivian; se equivocaron acerca de las consecuencias de su accion: bien caro lo pagaron.

Querian matar el espíritu de César, como dice Shakspeare, pero no su cuerpo; y sucedió lo contrario: mataron su cuerpo, y no su espíritu.

Poco tiempo despues, Octavio César, sobrino del grande hombre, desembarcó en Italia, se introdujo en Roma, y aunque jóven y desconocido, á favor de la anarquía, y sin mas títulos que el prestigio del nombre que llevaba, obtuvo del pueblo la primera magistratura. Ya con este carácter, empezó á desplegar dotes de mando, hasta entónces no sospechadas en él. Aunque delicado de salud, juntó un ejército, cruzó el mar, deshizo y postró muertos á sus plantas á los matadores de César. Volvió á Roma, desembarazóse de sus fogosos rivales, ciñóse en fin la corona imperial, y en un largo y memorable reinado, *toto orbe pace composito*, llevó á término feliz, con perseverancia, habilidad y sabiduría, los gigantescos proyectos de su tio.

Por lo que hace á los personajes secundarios, históricos son los poetas-actores *Publio Siro* y *Laberio*, ambos muy protegidos de César.

Laberio, consta que era autor y representante de lo que entónces llamaban *mimos*, y yo denomino *farsas*, especie de piezas cómicas, á manera de nuestros sainetes ó entremeses.

De las que pudo escribir Publio Siro, ninguna ha quedado. Sólo

se conserva una coleccion de sentencias sacadas de sus obras dramáticas. Estas sentencias son tales, que ántes que á *mimos*, parecen corresponder á composiciones de más grave asunto y más elevada entonacion. Por eso he creido que tenía licencia, sin nota de falsear la historia, y ménos de inverosimilitud, para atribuirle la composicion de una tragedia de Edipo. No consta que la hizo; pero tampoco que no la hizo; y sí consta que no es inverosímil que pudiera haberla hecho. Y en fin, los más escrupulosos adviertan que tampoco yo hago decir á César que la tragedia que habia oido el dia anterior fuera obra de Publio Siro, sino únicamente que él la representaba. Podia ser una traduccion de la tan popular de Sófocles, ó una original latina, que, como tantas otras, se haya perdido.

Los dos esclavos *Ennio* y *Lucio* son de mi invencion, para dar fundamento é interés dramático á la denuncia de *Artemidoro*, la cual, así como este personaje, ya son históricos.

Además de los pensamientos que, segun digo al principio, he tomado del soneto de *Lista*, hallará el lector algunos otros sacados de la *Vida de Marco Bruto*, de Quevedo; y uno del *Julio César*, de Shakspeare. Los restantes que haya en mi tragedia, y estén tambien en la de este autor, ó en las de Voltaire y Alfieri, no los he tomado de ellos: ellos y yo los hemos tomado de la historia, la cual pertenece á todos.

Supongo que nadie me acusará de ignorar que entre la muerte de César y la venida de Octavio á Roma, y la creacion del Triunvirato, pasaron muchas cosas y mucho tiempo. Pero como mi pensamiento es probar la inutilidad del crímen cometido, supuesto que, en el estado en que se hallaba Roma, no trajo ni podia traer por el momento la libertad, sino otra tirania más pesada, he usado de la licencia concedida al poeta, condensando el tiempo para presentar, en un solo cuadro, una de las más grandes lecciones que ofrece la historia.

Consecuencia innegable de la muerte de César fué, primero un período de anarquía, bosquejado en mi tragedia por Casio en su última relacion.

Luégo la creacion del Triunvirato, proclamada por Lépido, cuando dice:

¡El Triunvirato vence!

Despues la dominacion de Octavio y Antonio, que éste prevé, diciéndole á su compañero:

¡Roma es nuestra!

Y por último el imperio, que pronostica el futuro Augusto, pronunciando para sí la frase con que termina la tragedia:

¡Roma es mia!

Quizá para el efecto dramático convendria acabar con el *Mira* de Servilia. Así opina un amigo mio, juez competente, y acaso tenga razon.

Pero ántes que el efecto dramático es mi pensamiento histórico y social, y éste no se completa sino con el «Roma es mia»; es decir, con la realizacion del triunfo definitivo de la unidad en el poder. Profecía política, que he podido hacer con toda seguridad en mi tragedia, sin ser político ni profeta.

Réstame solamente hablar de una cosa, bien triste por cierto para los escritores dramáticos.

Ni esta obra, ni otra ninguna de sus condiciones, puede representarse hoy en España, con el conjunto debido. No hay un teatro que reuna elementos para ello.

Pocos buenos actores quedan; pero con esos pocos aun se podria formar una compañía que presentase un cuadro completo. Diseminados están, y en vano se clama por una mano hábil y poderosa que los reuna y organice.

Una hubo, tiempos atrás: la del Conde de San Luis, á quien los poetas dramáticos y las gentes cultas deben gratitud y encomio. Él fundó el Teatro Español; él lo sostuvo con brillo miéntras duró en el poder. Cayó, y con él cayó su obra; pero aquel acto de proteccion á las letras y á las artes basta para asegurar á su nombre una digna página en la historia de nuestra literatura y de nuestro teatro.

Antes, otro ministro, amante y cultivador de las letras, D. Antonio Benavides, habia expedido un decreto, creando y reglamentando el Teatro Español; però dejó el poder al dia siguiente de publicarlo, quedándole al Conde de San Luis la gloria de llevarlo á ejecucion.

Despues del Conde, hubo tambien un ministro de la Gobernacion, que pensó en el teatro, y llegó á plantear su reorganizacion: D. Manuel Bertran de Lis. Tambien salió del ministerio, sin acabar su obra.

Estos dos ministros merecen igualmente que se les mencione. *Suum cuique.*

Doce años van pasados desde entónces, sin que ninguna administracion haya vuelto á acordarse del Teatro Español, y el Teatro Español está agonizando.

Cuando digo el *teatro*, hablo del arte escénica, no de la literatura dramática. Y esto es lo más singular.

Que no se cuidára del teatro donde no se escriben obras, lo comprenderia. Pero ¿sucede esto por ventura?

¿Dejar morir el teatro en la patria de Lope, de Calderon, de Rojas y de tantos otros antiguos? ¿en la patria de Moratin, de Gorostiza, de Breton, de Hartzenbusch y de tantos otros que viven y escriben? Esto es incomprensible, es imperdonable.

Quizá no se perderia mucho con que mi tragedia no se representase; pero no es ese el mal; el mal es que no todos se resignan á escribir, como he hecho yo, una obra, á sabiendas de que no han de verla probablemente en escena, y de aquí resulta que nuestros buenos poetas, ó no escriben, ó escriben, á manera de sonetos con piés forzados, obras en que dán tormento á su ingenio para ajustarlas á los reducidos elementos de nuestras compañías cómicas. Así que, el abandono en que se deja al teatro influye directamente en la literatura, cuyos progresos, como dice Moratin en el *Café*, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios.

En fin, de Dios nos venga el remedio.

Yo entre tanto, en mi natural impaciencia de que mi obra fuese conocida y juzgada del modo posible, pensé en leerla á mis amigos.

La tertulia literaria que se reune todos los sábados en casa del Marqués de Molins, y á la que acuden los primeros escritores y artistas, y algunos aficionados de buen gusto, me ofrecia la más oportuna ocasion.

La Marquesa me manifestó deseos de que se verificase la lectura el dia de Noche-buena. Esto me decia el 9 de Diciembre, cuando áun me faltaba que escribir todo el acto v. Yo queria complacerla, y el 18 estaba acabada la tragedia.

Viéndome con seis dias delante, quise darle una mano de correccion, y al efecto convoqué para una lectura privada á mis amigos el Marqués de Molins, D. Cándido Nocedal y D. Antonio María Segovia.

Para juzgar una obra poética, política é histórica, compuse mi tribunal con un poeta, un hombre político y un erudito; sin que esto sea decir que cada uno de los tres no tenga además las otras dos cualidades.

Terminada la lectura, y hechas las correcciones que parecieron convenientes, los jueces fallaron por unanimidad que debian dar el pase á la obra.

Este fué, como si dijéramos, el ensayo general.

Amaneció el dia 24, y declaro que lo pasé con la impaciencia, con la comezon interior, con la fiebre que siente todo autor el primer dia de una representacion. Para mí, como si aquella lo fuera.

Llegó la hora; empecé la lectura temblando y sin voz. Á los pocos versos, ya el auditorio me habia dado aliento. El saber casi mi obra de memoria me permitia dirigir la vista en rededor y observar las fisonomías: en la de Breton, en la de Hartzenbusch, en la de Galiano, en la de Ayala, en la de Pezuela, en la de otros muchos, veia una expresion de complacencia, que me llegaba al alma. Señoras habia tambien, en mi auditorio, de todas edades, desde la más juvenil hasta la más avanzada; ninguna de ellas pertenecia á la raza de las que se duermen oyendo leer versos. Al contrario, su viva atencion, sus contínuas muestras de interés, era quizá lo que más satisfacia mi amor propio de autor.

Cuando, acabada la lectura, el ilustre Duque de Rivas, el autor de *El Moro expósito*, el gran poeta, á quien los padecimientos físicos no habian detenido para acudir á la cita, se hizo levantar de su sillon entre dos amigos, y le vi dirigirse á mí, corriéndole las lágrimas y con los brazos abiertos, confieso que el orgullo me rebosó por los poros, y que al sentirme estrechar contra su pecho, se me vinieron á los labios aquellas palabras del Corregio:

Anch'io sono pittore!

Á las doce oiamos todos la misa de Navidad en el oratorio del Marqués. En seguida obsequió á sus tertulianos con una magnífica y delicada cena.

De vuelta á mi casa, á la una de la noche, escribí á los Marqueses de Molins una carta, dedicándoles mi tragedia. Ya podia hacerlo; jueces competentes me habian dicho que valia algo.

Á la mañana siguiente recibí de parte de ambos un haz de laureles, atados con una cinta encarnada, y una carta que voy á copiar. No se pierda de vista al leerla que el que la firma primero es mi amigo de la niñez, mi compañero de colegio, mi casi hermano. Con estas precauciones hay que tomar mucho de lo que en ella dice:

La noche de Navidad de 1862 se contará, amigo Ventura, en los fastos de la literatura española, y, permítasenos la vanagloria, tambien en los recuerdos de nuestra familia.

Otros escribirán lo que es y lo que vale LA MUERTE DE CÉSAR; que nosotros apénas tenemos manos con que aplaudir y entendimiento con que admirar!

Que el poeta español aventaje á Shakspeare, á Voltaire y á Alfieri, gloria es sin duda de la patria; pero que el amigo de toda la vida, el compañero de colegio, dé

un paso más, y paso de gigante, en el camino en donde años atrás ha dejado *El Hombre de mundo, D Fernando de Antequera* y hasta *Jugar con fuego,* esto es seguramente lo que más nos complace y en cierto punto nos engríe, tomando por propias sus glorias, como hacemos propios tambien sus padecimientos.

Gracias, pues, amigo Vega, por haber elegido nuestra pobre casa para dar á conocer, por primera vez, la que es tambien la primera de tus obras dramáticas; pobre decimos, y sólo en esta noche es rica, porque en ella nos visita *Aquel* que es fuente de toda riqueza y de todo ingenio, y para quien *César* mismo y el imperio que fundó no fueron más que instrumento y exordio. Gracias, pues, de nuevo por nosotros, por nuestra familia, y por los que congregados alrededor del hogar, gozaron lo que por desgracia no podrá gozarse en público teatro.

En él, sin duda, habria mayor ruido, no más simpatías: mayor lucro, no más sincero afecto: coronas de rosas artificiales ó de oro comprado. Nosotros, para compensar todo eso, nos atrevemos á ofrecer al amigo..... Qué? Un haz de laureles; pero verdadero, como nuestro afecto; los primeros cortados en nuestra propia casa, y á cuya sombra juegan nuestros hijos. Ellos sean testimonio de la gratitud y cariño de

MARIANO.—CÁRMEN.

25 de Diciembre de 1862.

Este ha sido el éxito que ha tenido, como si dijéramos, la primera representacion de mi tragedia. Igualmente satisfactorio le he alcanzado en otras lecturas que he hecho de ella á diferentes círculos de amigos.

¿Puede esto equivaler á un éxito en el teatro?—¡No lo sé, y tengo pocas esperanzas de saberlo!

Faltándole la vida de la escena, resolví dársela por la imprenta. El Marqués de Molins me ha salido al paso, adelantándose á mi proyecto: él dirige, costea y me regala la edicion. Acepto con gratitud su cariñoso obsequio: sí, cariñoso y desinteresado; porque ni yo soy *Horacio*, cuyas obras tengan el privilegio de inmortalizar los nombres que á su sombra se amparan; ni necesita hacer el papel de *Mecénas* quien, con *Doña María de Molina*, *La espada de un Caballero*, y una preciosa coleccion de poesías, de que en poco tiempo se han agotado dos ediciones, tiene asiento por derecho propio en el Parnaso Español.

¡Gracias, Mariano, por tantas pruebas de cariño! Tambien tu esposa está sacando de mi tragedia una copia hecha por su mano y de su gallarda letra, y quiere regalármela á cambio de mi borrador. Está hecho el trato. Pero ten cuidado que en los negocios de la casa no haga muchas compras parecidas á ésta.

1.° de Abril de 1863.

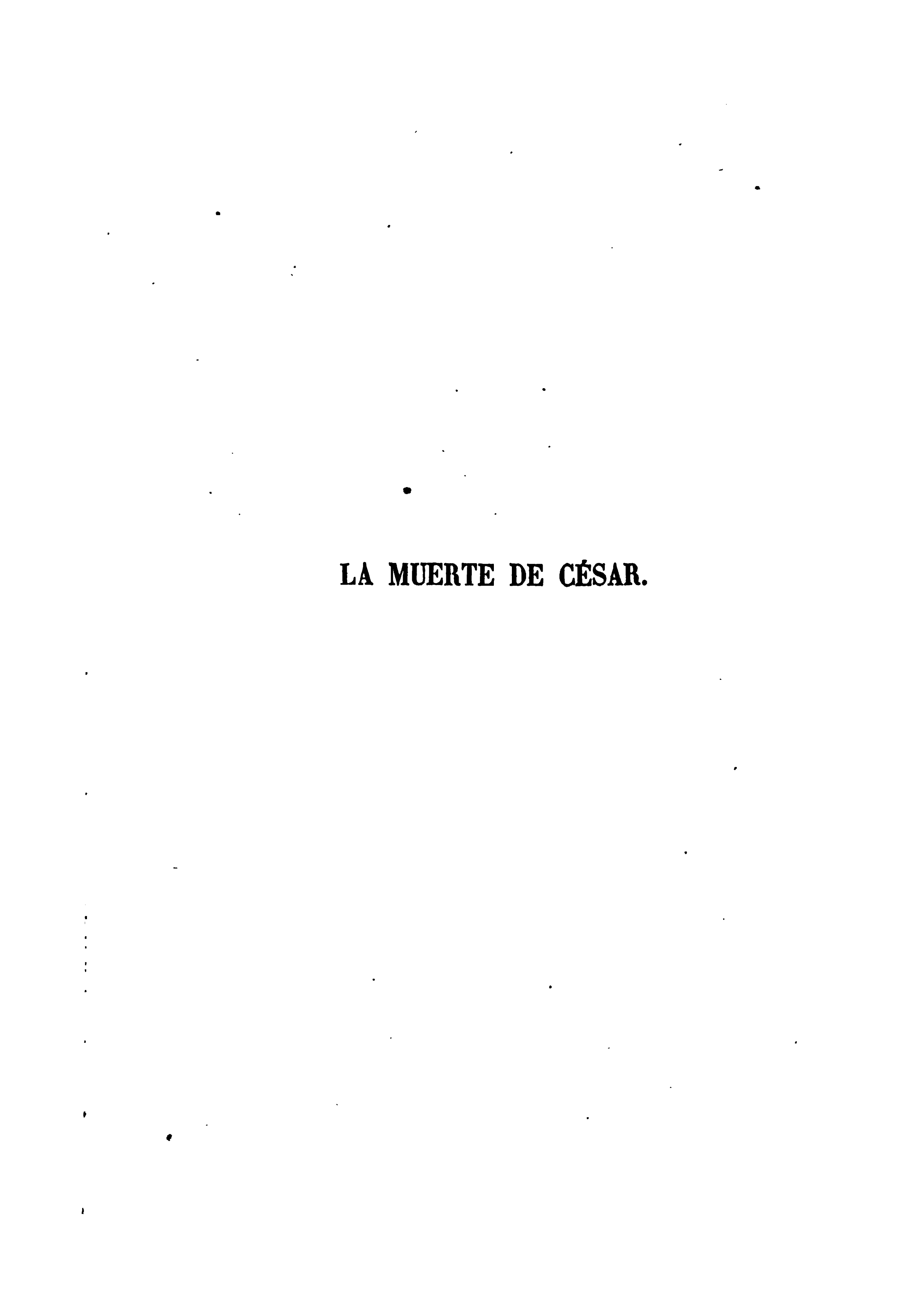
Impresa ya casi toda la obra, y al ir á hacerse la tirada de este

último pliego, he llegado felizmente á tiempo de poder añadir unos breves renglones para dar testimonio de mi profunda gratitud por la suma honra que acabo de recibir.

S. M. LA REINA se dignó manifestarme su deseo de oir mi tragedia, y en la noche de ayer verifiqué la lectura en la Real Cámara á presencia de SS. MM., de la FAMILIA REAL, y de algunas personas de su servidumbre.

Las lisonjeras expresiones que, durante el curso de la lectura y despues de terminada, oí de los augustos labios, podrian envanecerme más de lo justo, si no fuera porque debo atribuirlas á la antigua y constante benevolencia de S. M. para conmigo, y no al mérito de mi obra.

De todos modos, aunque el favor sea inmerecido, siempre le quedará á la REINA ISABEL II la gloria de haber querido honrar las letras, distinguiendo á los que las cultivan.



LA MUERTE DE CÉSAR.

PERSONAS.

CÉSAR.	QUINTO-LIGARIO.
BRUTO.	PUBLIO-SIRO. } Poetas actores.
CASIO.	LABERIO. } Poetas actores.
MARCO-ANTONIO.	ENNIO, esclavo de Casio.
CICERON.	LUCIO, esclavo de Quinto-Ligario.
LÉPIDO.	ARTEMIDORO, liberto.
DECIO-BRUTO. } Senadores.	FABERIO, secretario de César.
CASCA. } Senadores.	VALERIO, jefe de lictores.
TREBONIO. } Senadores.	LUCIO-COTA, quindecemviro.
CIMBRO. } Senadores.	OCTAVIO, sobrino de César.
CINA. } Senadores.	
FLAVIO. } Tribunos del pueblo.	SERVILIA, madre de Bruto.
MARCELO. } Tribunos del pueblo.	LICIA, esclava de Servilia.

Senadores, Sacerdotes, Lupercos, Esclavos, Pueblo, Lictores, Soldados.

La accion pasa en Roma.

LA
MUERTE DE CÉSAR.

ACTO PRIMERO.

En el palacio de César.

ESCENA PRIMERA.

CÉSAR, MARCO ANTONIO.

(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)

ANTONIO.

César, perdona si importuno Antonio
Á interrumpir se atreve tus tareas.
Deja un instante de pensar en Roma.
Y en tí y en mí y en tus amigos piensa.
¿No basta que en la rota de Farsalia,
Desoyendo mi voto, tu clemencia
Concediera la vida á los vencidos?
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿á qué te empeñas
En colmarlos de honores y mercedes?
Bruto es Pretor de Roma: esa caterva
De senadores, que siguió á Pompeyo,
Á Roma traes y en el Senado sientas.

Cimbro, Casio y Marcelo y Flavio y Cina,
Tus contrarios ayer, con insolencia,
Aquí, á tu vista, en tu palacio mismo,
Tan soberbios y altivos se presentan,
Que á veces dudo si en Tesalia acaso
Yo á Pompeyo seguí, y ellos á César.
Esa bondad, en vez de cautivarlos,
Su orgullo irrita y su osadía alienta.
Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo
Se alza segunda vez; ya que de Persia
Cecilio Baso con crecida hueste
Rápido avanza y al Eufrátes llega.
El locuaz Ciceron con desenfado
Tus edictos en público comenta,
Luciendo epigramáticos donaires,
Que en daño tuyo repetidos vuelan.
César, vuelve en tu acuerdo, por tí mira:
La confianza hasta el exceso llevas.
Déjame del poder, que entero abarcas,
Lo que baste á velar en tu defensa,
Á descubrir y castigar traidores.
No más reclamo, mi ambicion es esa.
Al Dictador el Cónsul se lo pide:
Al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR.

Antonio, me distraes.
(Dictando.) «Volver á Roma
»Pueden, en libertad, cuantos la enseña
»De Pompeyo siguieron.»
(Á Antonio.) ¿Perdurables
Los odios han de ser? Hasta las huellas
Quiero borrar de las pasadas luchas.
El que en la cumbre del poder se venga,
Ó de su propia fuerza desconfia,
Ó no ha nacido para tal grandeza.
No me hables de venganzas.

(Dictando.) «Una via
»Abrir, que rompa la agria cordillera
»Del Apenino, y desde el Tíber cruce
»Al Adriático mar.—Roma decreta
»Unir los mares Jónico y Egeo,
»Cortando el istmo de Corinto.—Guerra
»Declara Roma al Parto.»

ANTONIO.

¡Eso me agrada!

CÉSAR. (Dictando.)

»El Dictador coronará la empresa
»Al frente de las águilas romanas.»
(Dirigiéndose á Marco Antonio y dándole la mano.)
Tú me acompañarás. El ocio enerva,
Querido Antonio, tus antiguos brios.
Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

ANTONIO.

¡Tímido yo! Convoca las legiones:
Llévame pronto á la marcial pelea:
Dame que en franca lid, en campo abierto,
Llenando el aire bélicas trompetas,
Sobre mí solo rehilando caigan
Nubes de dardos que mis ojos vean.
¡Dulce y noble morir! Mas ¡oh! que es duro
En voluptuosa estancia, donde humean
Pebeteros de Arabia, coronada
De albas rosas la ungida cabellera,
Sobre tirios tapices reclinado,
En alegre banquete, do se ostentan
En fuentes de oro que el triclinio abruman
Y el fulgor de cien lámparas reflejan,
Ora humeante el jabalí de Umbría,
Cuya mole simétricos rodean
Rombos del Tíber, ostras del Lucrino,

Le haré traer.

CÉSAR.

Detente.

LÉPIDO.

En tu presencia
Revelará tal vez...

CÉSAR.

Lépido, basta:
Nada quiero saber. (Rompe la denuncia.)

ANTONIO.

¡Bondad funesta!

CÉSAR. (Dictando.)

«En Roma se conspira: hombres ingratos
»Pagan así de César la clemencia.
»El Dictador lo sabe; sabe el sitio,
»Y los nombres tambien.»

ANTONIO.

Y los condena...

CÉSAR.

Nada más.—Este edicto se publique.
(Da el pergamino á Lépido.)

LÉPIDO.

Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR.

Al punto vé, y en libertad los deja.

LÉPIDO.

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR.

Que no escriba
Di á Pitolao; que no nació poeta.
Con todo, de estos versos miserables
Cuantos logres hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna: son mùy malos. (Los rompe.)
Obedece.—Vosotros salid fuera.
(Los amanuenses se retiran.)

ESCENA III.

CÉSAR, ANTONIO.

CÉSAR.

Dime: en el torbellino de esta vida,
Que entre lides de Marte, entre tormentas
Del foro, entre placeres del banquete,
Rápida á hundirse en el sepulcro vuela,
¿No has dicho alguna vez: ¡Oh! si á la muerte
Una parte de mí robar pudiera!
Parte que anime el alma que me anima,
Parte en que corra sangre de mis venas,
En que viva yo propio, en que á despecho
De la implacable muerte, mi existencia,
Con mi nombre y mi gloria y mis virtudes,
Dilate en las edades venideras:
¡Un hijo, en fin!

ANTONIO.

¿Un hijo? Nunca el cielo
Quiso que tales goces conociera.

CÉSAR.

¡Por eso eres cruel! ¡Por eso vives
Tan solo para tí! Tu amor no encuentra
Un corazon donde espaciar su fuego,

Y do quier rechazado, en tí se encierra.
Ódio ó desden te inspiran los mortales:
En amor de tí mismo te deleitas,
Y de soñado riesgo á un leve indicio
Cien gargantas segar nada te cuesta.
¡Alma infeliz, en soledad sumida!

ANTONIO.

Pues tú, que ni á Calpurnia ni á Pompeya
Debiste nunca que á tu estéril lecho
Invocada Lucina descendiera,
Afianza tu poder; goza la vida
Que te otorguen los númenes, y deja
Que despues de tu muerte, cuiden ellos
De lo que á la República convenga.

CÉSAR.

¿Qué es la vida que el cielo nos concede?
¡Relámpago fugaz! ¿Acaso piensas
Que en los mezquinos lindes de mi vida
Mis pensamientos, mi ambicion se encierran?
¡Grande ambicion, á fe! No, Antonio; mio
Es ya de Roma el porvenir: la herencia
Del vasto imperio que fundó mi espada,
Del mar de Luso á la remota Persia,
Reclama un sucesor!

ANTONIO.

¿Y quién es ese?

CÉSAR.

¿Quién, me preguntas? Quien mi sangre tenga.

ANTONIO.

¿Tu sangre? De tu sangre hay sólo Octavio.
¿Es ése el sucesor? Otros pudieras
Hallar de más valor, de más servicios,

Que de Roma y de tí más dignos fueran:
No un rapaz enfermizo, que criado
De su madre á la sombra, en las escuelas
Se escondió de Apolonia, huyendo el ruido
De las batallas.

CÉSAR.

Sin razon desprecias
Á mi sobrino Octavio. Si carece
De marciales arrojos, de otras prendas
Descubro en él los gérmenes ocultos:
Prendas que acaso á la virtud guerrera
Venzan, Antonio, en la futura Roma,
Que ya en el mundo subyugado reina:
Perseverancia, astucia, disimulo,
Y así al mal como al bien alma dispuesta.
No conoces á Octavio. Y yo en sus manos
No dudára legar mi vasta empresa,
Si otro de más virtud, más caro á Roma,
Y más caro á mi amor, no antepusiera.

ANTONIO.

¡Otro! ¿Quién es, en fin?

CÉSAR.

¿Quién es?... Escucha.
Cuatro lustros de edad contaba apénas,
Y contra Sila conspiraba entónces.
Él lo sabe y proscribe mi cabeza,
Diciendo, al sentenciarme, que veia
Muchos Marios en mí. La infausta nueva
Me dan á tiempo que en la Via Sacra
Vagando discurria: con presteza
Huyo al punto de allí, cien calles cruzo;
Cuando al pasar delante de la puerta
De humilde casa, una mujer distingo,
Que de la toga asiéndome con fuerza:

«Entra, me dice, ocúltate.» De un salto
Salvo el umbral: con ímpetu se cierra
La puerta á mis espaldas; y guiado
Por aquella mujer, á una secreta
Estancia llego donde entrar me manda,
Y «libre estás, me dice; pero piensa
Que al salvarte la vida yo aventuro
La vida y el honor! calla y espera.»
Dijo y despareció. Te juro, Antonio,
Que áun hoy, tras tantos años, tantas guerras,
Siento un vivo placer al recordarlo.
Solo quedé y extático: la idea
De mi riesgo olvidé: sólo la imágen
Noble, expresiva, candorosa, bella
De mi libertadora me ocupaba,
Y en mi pecho sentí que con violencia,
De gratitud sobre la pura llama,
Lanzaba amor su abrasadora tea.
¿Que olvidé mi peligro te decia?
Miento; que lo bendije! En fin, secretas
Entrevistas, instancias, juramentos
De constancia recíproca, y la fuerza
Del Destino, rindieron en mis brazos,
Tras larga lucha, su virtud severa.
De un duro hermano al vigilante celo
Temblaba la infeliz ver descubierta
Mi retirada estancia, que tan sólo
Á una esclava leal fió su lengua;
Y más temblaba que el morir, la mancha
Que arrojaba en un nombre que venera
Roma y ensalza á par de las deidades,
Cual de rara virtud perfecto emblema.
Partir era forzoso, y una noche
Partí, dejé la Italia, marché á Grecia;
Y miéntras léjos de mi patria andaba,
La mujer cuya imágen llevé impresa,
Fruto de nuestro amor, dió á luz un hijo.

ANTONIO.

¡Un hijo!... ¿y vive?

CÉSAR.

Vive. La suprema
Autoridad entónces Sila abdica,
Y á Roma presuroso doy la vuelta.
Nunca logré estrechar contra mi seno
Al hijo de mi amor, cuya existencia
Á costa de contínuos sobresaltos
Pudo al mundo ocultar su madre tierna.
Débil, sumisa, á un hombre que no amaba
Su duro hermano la ligó en mi ausencia.
En las guerras de Lépido y Pompeyo
Su esposo pereció; y entónces ella
Mostró á la faz de Roma el tierno niño,
Como si fruto de su enlace fuera.
¡Vive!... y del muerto esposo de su madre
Hijo se juzga, y hasta el nombre lleva!

ANTONIO.

¿Y nunca tú le revelaste?...

CÉSAR.

Nunca.
Vive su madre, en la feroz escuela
De su hermano educada, que blasona
De su estoica virtud, y las flaquezas
De nuestra frágil condicion humana
Severa juzga y sin piedad condena.
Árbitra del secreto, morir quiere
Con él; y en tanto, el que saber debiera
De qué sangre ha nacido, fiel á un nombre
Que no es el suyo, seducir se deja
Por mis contrarios, y quizá ¡infelice!
Contra su mismo padre se rebela!

ANTONIO.

No digas más: ¡es Bruto! ¡le conozco!
¡Por Hércules, mi abuelo! ¿Con que es esa
La gran Servilia, á cuyo sólo nombre
Nuestras matronas frágiles se aterran?...

CÉSAR.

¡Y qué!... ¿con ellas confundir pretendes
La que amó una vez sóla... y amó á César?
Este secreto, Marco Antonio, fio
Á tu amistad: la fama se interesa
De una mujer en él: nunca lo olvides.—
¿Faberio?...

ESCENA IV.

CÉSAR, MARCO ANTONIO.—FABERIO.

CÉSAR.

¿Hay álguien que demande audiencia?

FABERIO.

Cual de costumbre, aguardan tu permiso
Publio Siro y Laberio.

CÉSAR.

Entren.

FABERIO.

La Reina
De Egipto espera que tambien...

ANTONIO.

¡Cleopatra!

CÉSAR.

¡Qué importuna!

ANTONIO.

¡Importuna... y es tan bella!
No así en Alejandría la juzgaste.

CÉSAR. (Á Faberio.)

Dile que al Cónsul Marco Antonio vea.
(Á Antonio.)
Tú la consolarás. Que deje á Roma.
El Egipto reclama su presencia.
Dile que del caudillo aventurero
El Dictador del mundo no se acuerda.

ANTONIO.

¡Duro mensaje!

CÉSAR.

El mensajero es hábil.

FABERIO.

El Senado tambien verte desea.

CÉSAR.

¡El Senado! ¿qué trae?

ANTONIO.

Muy de mañana
Deliberando estaba.

CÉSAR.

Alguna arenga
Que preparada Ciceron traeria
De su quinta de Túsculo.—La escuela
Del Senado es muy útil á la gloria
Y al esplendor de las romanas letras.
Entren todos.
(Faberio los introduce.)

ESCENA V.

CÉSAR, ANTONIO, FABERIO.—PUBLIO SIRO, LABERIO, CICERON, BRUTO, CASIO, CIMBRO, CASCA, DECIO, TREBONIO, CINA, SENADORES.

CÉSAR.

Salud, Padres Conscriptos.—
(Á Laberio y Publio Siro.)
Llegad vosotros, gloria de la escena.
Espejo de las públicas costumbres
Son tus farsas, Laberio: no sospecha
Roma que cuando rie al escucharte
De sí propia se burla.

LABERIO.

Nadie piensa
Que está allí su retrato, y al vecino
Con maligno placer las culpas echa.
Del pueblo es todo el mérito: yo escribo
Y nada más: él hace la comedia.

CÉSAR.

Fácil lo juzgas, porque hacerlo sabes.
¡Oh Publio Siro! Si la vida nuestra
Es dolor y placer, entre vosotros
Dividis el imperio de la tierra.—
(Á Laberio.)
Tú mandas en la risa:
(Á Publio Siro.) Tú en el llanto.
¡Cuánto ayer te admiré! Vi al rey de Tébas,
Vi á Edipo, humano, generoso, altivo,
Salvador de su pueblo.

PUBLIO SIRO.

Y ¿quién no acierta

Á pintar hoy en el teatro un héroe
Justo, clemente, grande? En Roma ¡oh César!
Hay un modelo que imitar.

CÉSAR.

Vi al héroe;
Mas no vi tanto al padre. Cuando estrecha
Contra su corazon el triste Edipo
Sus tiernos hijos por la vez postrera,
No expresaba tu acento la amargura,
El inmenso dolor en que se anega
Una alma paternal, á quien la suerte
Priva de un hijo, y á vivir condena
En dura soledad!... ¡Oh Publio Siro!
Tú no eres padre!

PUBLIO SIRO.

¡El cielo no lo quiera!
¡Esclavos son los hijos del esclavo!

CÉSAR.

¡Esclavo tú!
(Á Bruto.) Pretor de Roma, llega:
Ejerce el más precioso de tus cargos:
Manumite al esclavo.
(Bruto se acerca y toca con la vara en la cabeza á Publio Siro.)

BRUTO.

Libre quedas.

CÉSAR.

Nobles desde hoy las artes liberales
El Senado declara.

PUBLIO SIRO Y LABERIO.

¡Gloria á César!

CÉSAR. (Dando á los Senadores los pergaminos.)

Esas leyes tomad: que en nombre vuestro
Se publiquen al punto.

CICERON.

¿Y ya aquí puestas
Nuestras firmas están?

CÉSAR.

Tú, retirado
En tu quinta de Túsculo, te alejas
De los negocios...

CICERON.

¡Cierto! ¿y tú te encargas
De hacer las leyes?...

CÉSAR.

Y la gloria es vuestra.

CICERON.

¡Cierto! Por eso al campo me retiro
Á disfrutarla en calma. Y ¿no recelas
Que altere tu salud hacer tú sólo
Lo que nuestra República modesta
Encomendaba á tantos: al Senado,
Al Pueblo, al Cónsul, al Tribuno?...

CÉSAR.

Velan
Por mi salud los dioses, y yo velo
Por la salud de Roma: nada temas,
Ilustre Ciceron.

CICERON.

Y si te ayuda
Algun sabio varon, docto en las letras...

Marco Antonio quizá!...
(Todos miran sonriendo á Antonio.)

ANTONIO.

¡Viejo insolente!
Alguna vez me pagará tu lengua
Ese sarcasmo!

CÉSAR.

¡Basta! Antonio sirve
Á Roma con la espada.

ANTONIO.

Y lo que pesa
La mia, ya en Farsalia lo probasteis;
Aunque no tanto como yo quisiera!

BRUTO.

¿Quién lo estorbó? No fueron nuestros ruegos.

ANTONIO.

Ni fué mi voluntad.

CICERON. (Á César.)

Fué tu clemencia.

CÉSAR.

Fué mi deber. La ingratitud de algunos
Provocó mi venganza; y en defensa
De mi ultrajado honor, sangre romana
En las batallas derramó mi diestra;
Mas despues de obtenida la victoria,
¡Atroz barbarie derramarla fuera!
No hay aquí vencedores ni vencidos:
Todos romanos somos. ¿Qué nos resta
Para mandar al mundo, Senadores?
Conquistar á los Partos, y la afrenta

Vengar de una derrota. Allí cautivos
Los soldados de Craso, á la cadena
Avezados de larga servidumbre,
En torpe lazo conyugal, ¡oh mengua!
Á extranjeras esposas se han unido!
Yo lavaré esa mancha: las enseñas
De Roma, en breve tiempo victoriosas,
Alzaré en las murallas de Seleucia.
Mis tareas por hoy, en bien de Roma,
Terminadas están: decid las vuestras. (Se sienta.)

CICERON.

Tambien en gloria de la patria han sido,
Pues en tu gloria son. Escucha ¡oh César!
(Leyendo.)
«El Senado sagrada tu persona
»Desde hoy declara: colocar ordena
»Á par de la de Júpiter tu estatua,
»Alzada sobre el globo de la tierra.
»Templo y aras tendrás, y andas y palio,
»Y silla de oro y lupercales fiestas.
»El quinto mes, en gloria de tu nombre,
»Julio se llamará; y en fin, decreta
»Que siempre lleves á tu sien ceñido
»El dorado laurel que te presenta.»
(Se lo ofrecen.)

CESAR. (Levantándose.)

¿Y para esto se juntó el Senado?
¿Y así malgasta en fútiles tareas
Dias preciosos que á aliviar los males
Del triste pueblo consagrar debiera?
Sabias leyes traed; no vanas honras,
Que excesivas son ya. De todas ellas
Este laurel es lo que más me agrada.
Lo acepto, porque oculte en mi cabeza
Este ultraje que debo, no á los años,

Sino á la ruda militar faena,
Y al contínuo ludir del férreo casco,
Ocho lustros ceñido. (Se pone el laurel.)

CASCA.

¡Á tí encomiendan
Los altos dioses la salud de Roma;
Y á nosotros honrarte!

DECIO.

¡Y no hay ofrenda
Que á honrar alcance al semi-dios del Tíber!

CIMBRO.

¡Admítelas: la patria te lo ruega!

CASIO.

¡Y en nombre suyo los romanos todos!

LOS SENADORES.

¡Todos, sí!

BRUTO.

¡Todos no!—¡Sombra severa
Del gran Caton, consuélate! respiran
Dos romanos aún: yo, que á esas muestras
De adulacion me opuse en el Senado!

CÉSAR.

¿Quién es el otro?

BRUTO.

Tú, que las desprecias!

CÉSAR.

¡Alma romana! ¡Ven!—Dejadme todos.
(Todos se retiran.)

ESCENA VI.

CÉSAR, BRUTO.

CÉSAR.

Tú me comprendes, Bruto: no desea
Adulacion servil el alma mia.
¿Por qué el único labio en que resuena
La voz de la verdad, con tal desvío,
Con tal ingratitud de mí se aleja?
Por la gloria de Roma he combatido:
Á su dicha desde hoy mi vida entera
Pretendo consagrar. Habla: tú eres
El ídolo del pueblo: sus querellas
Cuéntame tú; satisfacerlas quiero
Por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea?

BRUTO.

De tí, sólo una cosa.

CÉSAR.

¿Cuál?

BRUTO.

Que abdiques
El supremo poder.—Pues tanto anhelas
Que llegue la verdad á tus oidos,
Á decírtela vengo; y no pudiera
Bruto corresponder más noblemente
De tu cariño á las contínuas muestras.
¡César! cuando en los siglos venideros
La historia de tu vida el mundo lea,
Tus triunfos increibles, tus conquistas,
Tus hazañas sin cuento, tus proezas
En el Nilo, en el Rin y el Oceáno,

Tu gloria, tu fortuna, tu clemencia;
¡Llenaráse de asombro! Si ese asombro
Quieres que en alabanza se convierta,
Corona ya tus hechos inmortales
Con un hecho que á todos oscurezca:
Volviendo á Roma sus antiguas leyes
Y su antígua República.—Contempla
Que las victorias atribuirse pueden
Tal vez á la fortuna; mas la empresa
De dar á un pueblo libertad, es sólo
Obra de la virtud. Accion tan bella,
Mejor que triunfos bélicos, tu fama
Sobre cimientos sólidos eleva!

CÉSAR.

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
¿Qué libertad para tu patria sueñas?
¿La que gozaba Roma, cuando iguales
Todos, y todos pobres, las faenas
Del campo eran su oficio? ¿Cuando el Cónsul,
Cumplido el año, la segur depuesta,
Bajaba en paz del alto Capitolio,
Tornando ufano á manejar la esteva?
No es esta aquella Roma: las conquistas
Vertieron en su séno las riquezas
Del subyugado mundo, y con el oro
La ponzoña que corre por sus venas!
El rico fué tirano; esclavo el pobre:
¡La libertad murió! Turbas hambrientas,
Tendidas en los pórticos, aguardan
Los desperdicios de opulenta mesa;
Y el libre voto, que á los altos puestos
De la suprema dignidad eleva,
Á precio vil en los comicios venden!
Roma degenerada se prosterna
Á las plantas de Mario, ó bajo el hacha
De Sila tiende la servil cabeza!

ACTO SEGUNDO.

En casa de Bruto.—Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

SERVILIA, LICIA.

(Ambas están sentadas.)

SERVILIA.

¡Tus párpados se cierran, pobre Licia!
¿Por qué te obstinas en velar? descansa:
Retírate á tu lecho.

LICIA.

¿Será justo
Que tu esclava repose, y solitaria
Esperes tú?

SERVILIA.

Yo espero al hijo mio.
¡Con bien los Dioses al hogar le traigan!

LICIA.

Contigo esperaré. ¿Te aflige acaso
Triste presentimiento? ¿por qué causa
En perpétuos temores te consumes?
Bruto es de Roma el ídolo: le ama
El Dictador.

SERVILIA.

¡Y él huye de su vista!

LICIA.

¿Huye de César Bruto? ¡Oh cielo! ¿Y nada
Le dice el corazon?

SERVILIA.

¡Licia!

LICIA.

No temas:
Nadie nos oye aquí.

SERVILIA.

¡Yo te oigo; y basta!

LICIA.

¿Y qué podrás oir del labio mio
Que en justa admiracion, en alabanza
De tu virtud no sea? ¿Quién en Roma
No respeta tu nombre? ¿Quién tu casa
No mira como un templo, donde el genio
Del severo Caton vive en su hermana?

SERVILIA.

Él desde las mansiones de los justos
Ha visto el crímen ya, que mi falacia
Supo ocultarle aquí. Su voz escucho
Que me grita: «¡Impostora! ¿por qué engañas
Al mundo así con tu virtud mentida?
¡Tiembla que un dia de tu rostro caiga
Esa máscara vil! ¡Ay de tí entónces!
Y ¡ay de tu hijo!»—Bárbara amenaza,
Que sin cesar me aterra!

LICIA.

¿Y cómo puede

Cumplirse nunca? di. ¿Depositaria
No soy yo sola del secreto?

SERVILIA.

¡Sola!

LICIA.

Pues qué, ¿recelas del que pruebas tantas
Te da de su respeto? Desde el punto
Que, mal tu grado, en las nupciales aras
Fe juraste á un esposo, ¿cuándo César
Osó manchar de tu virtud la fama
Con indiscreto labio, ni á tus ojos
Siquiera presentarse? Y el que ahogaba,
En la fogosa edad de las pasiones,
Con tal nobleza su zelosa rabia;
Hoy que la gloria y la ambicion tan sólo
Llenan su pecho, ¿mancillar osára
Tu nombre? ¡Ah! no lo temas.

SERVILIA.

¡Eso mismo
Me hace temerlo! ¡Ah, Licia! ¡cuál te engañas!
Lo que el oscuro César nunca hiciera,
César el Dictador quizá lo haga;
Que en su ciega ambicion los poderosos
Razon de Estado á los delitos llaman.
¡Mi vida es un suplicio! Cuando César
Á Bruto mira ¡me estremezco! ¡y tanta,
Tan congojosa es mi inquietud, que tiemblo
Si le aborrece, y tiemblo si le ama!

LICIA.

¡Modera tu afliccion! no anticipado
Llores al ménos un peligro...

SERVILIA.

¡Calla!
¡Pasos oigo en el atrio!—¡Él es!

LICIA.

¿Tu hijo?

SERVILIA.

Á su esclavo preven: luz á su estancia
Lleve, y aguarde allí.

(Se va Licia.)

Sólo su vista
Un breve instante mis dolores calma!—
¡Hijo mio! (Dirígese á la entrada: preséntase César.)

ESCENA II.

SERVILIA.—CÉSAR.

CÉSAR.

¡Dichosa tú, que puedes
Tan dulce nombre pronunciar!

SERVILIA.

¡Helada
Mi sangre está! ¡Tú aquí!... ¿Qué buscas?...

CÉSAR.

Busco,
No á la que en otro tiempo aquí buscaba,
Misterioso, furtivo, devorado
De juvenil amor: no á la que el alma
En vivas ilusiones encendia,
Que la ausencia, la edad, el tiempo apagan.
No á la amante de César: ¡busco ahora
Á la madre de Bruto!

SERVILIA.

Penetrada
De gratitud la encuentras, por los dones
Que en él tu mano liberal derrama!

CÉSAR.

Otros mayores ofrecerle quiero.

SERVILIA.

¿Á Bruto?

CÉSAR.

Á nuestro hijo.

SERVILIA.

¡Oh cielos!... ¡Calla!

CÉSAR.

¿Callar? ¡Si vengo á que lo sepa Roma!

SERVILIA.

¿Contra mi voluntad?

CÉSAR.

Por respetarla,
¿Sabes tú la violencia, el sacrificio
Que me impongo, años há? Por tí en Farsalia
Sufrí que Bruto en el opuesto bando
Lidiase contra mí. Desbaratada
La hueste de Pompeyo, á las legiones
Que sobre ella con furia se lanzaban:
«¡Perdon, grité, no los mateis, traedlos
Vivos á mi presencia!» Y mis miradas,
En cada tronco exánime creian
Su cadáver hallar!—Vuelto á la patria,
¡Por tí sufriendo estoy que á mis favores,
Á mi tierna aficion, á mis instancias,
Á mi solicitud oponga siempre
Cruel desvío, indiferencia helada!—
¡Mil veces al hablarle, ya el secreto
Sentí asomar al labio! y otras tantas,
¡Por tí, por tu respeto, en lo más hondo
De mi pecho infeliz lo sepultaba!—
Llegó tu vez, Servilia: un hijo tienes.
Yo hasta ahora á esa fama que idolatras
Sacrifiqué mi amor: á tí te toca

Hoy á su amor sacrificar tu fama.

SERVILIA.

¡Llegó mi vez; lo veo! ¡Y yo he creido
En tu respeto! ¡Necia! ¡qué esperanza
Pude nunca fundar en quien de Roma
No respetó la majestad sagrada!
¡Fatal á Roma y á Servilia fuiste!
¡Á tu violencia, á tu pasion tirana
Sucumbimos las dos!

CÉSAR.

¡Ambas me amasteis!

SERVILIA.

¡Ah! ¡y este premio á nuestro·amor guardabas!
¡Á Roma la opresion: á mí el oprobio!
Si de ese modo á tus amigos pagas,
¡Qué harás con tu contrarios!

CÉSAR.

Lo estás viendo:
Perdonarlos, volverlos á la patria
Y á la silla curul: dejar que libres
Conspiren contra mí, y acaso el alma
Emponzoñen de Bruto. ¡Y tú lo sabes,
Servilia, y lo consientes! ¡Esa rara
Virtud no se horroriza de que un hijo
Al que le ha dado el sér tienda asechanzas!

SERVILIA.

¡Nunca tal intentó! Bruto, heredero
De la virtud que le inspiró en su infancia
El sublime Caton, el fin lamenta
De la antigua República; y en alta
Voz, á la faz de Roma, á par que justo
Tu bondad, tu valor, tu genio ensalza;
Con dureza inflexible, no lo niego,

Tu usurpacion condena. Y tú le amas
Quizá por eso mismo; porque admiras,
Porque envidias en él la pura llama
De patrio amor; porque en su noble pecho
Asombrado contemplas cuál se hermanan
El alto genio de su heroico padre
Y la virtud de su materna raza.
Mas, al odiar tu usurpacion, áun siente
Por ese pueblo que á tus piés se arrastra
Mayor desprecio, y de su vil contacto
En los lares domésticos se aparta.
Aquí corre su vida; y yo dichosa
Gozo el amor, que entero me consagra.
¡Ah! si en tu corazon... si en tu memoria
Vive el recuerdo de la edad pasada;
Si la mujer que te salvó la vida,
Y se perdió salvándote, una gracia
Tiene derecho á demandarte; ¡César!...
¡No la arrebates su serena calma!
¡No me arrebates el amor de Bruto!—
¡Sabedor de mi culpa, no alcanzára,
Ante el rigor de su tremendo fallo,
Ni áun su madre perdon! Á tí te basta
Para llenar tu corazon la gloria,
Los triunfos, el poder; Roma, la Italia,
El mundo entero, que de tí, en retorno
De tanta sumision, su dicha aguarda.
Yo la aguardo tambien. Por tí de Bruto
Seré madre feliz. Si á tí te halaga
Tan dulce nombre, conquistarlo puedes:
Haz que te llamen: ¡Padre de la Patria!

CÉSAR.

¿Y tú te llamas madre? ¿y tú imaginas
Que eso es amar á Bruto? No: te engañas;
Tú no amas á tu hijo.

SERVILIA.

¿No le amo?

CÉSAR.

Te amas á tí. Por conservar intacta
Esa opinion en que tu orgullo goza:
Porque tu vida oscura y solitaria
Sus encantos no pierda, á Bruto quieres
En ella consumir, cortar las alas
Á su impetuoso genio, de su padre
Ahogar las halagüeñas esperanzas;
¡Y lo que es más, el porvenir de Roma!

SERVILIA.

¿De Roma?

CÉSAR.

Sí, de Roma.—Óyeme: falta
Una empresa á mi plan: vencer al Persa;
Y á acometerla voy. En las batallas,
Por vez primera la fortuna instable
Me puede abandonar; y ántes que parta
Quiero á la faz del pueblo y del Senado
Nombrar mi sucesor.

SERVILIA.

¡Oh cielos!

CÉSAR.

¡Árdua
Resolucion, si el misterioso Númen
Que á César juzga y su designio ampara,
No le otorgase por fortuna un hijo
Digno de tanto honor!

SERVILIA.

¿Y qué? ¿no basta
Á abonar tu eleccion su nombre sólo,

Su inmaculado nombre? ¿Quién osára
Con Bruto competir? Pueblo y Senado,
Los patricios, la plebe, cuantos aman
El bien de Roma, todos á porfía
Lo aceptarán con júbilo. ¿Qué falta
Hace á tu noble fin que mi vergüenza
Corra de boca en boca? ¿qué inhumana
Razon te impele á decretar la gloria
Del hijo mio, á precio de mi infamia?
¿Por qué tanta ventura y tanto oprobio?—
¡Elige á Bruto; y mi secreto calla!—

CÉSAR.

¡Eso no! Pues te obstinas, yo te juro
Que callaré; mas pierde la esperanza
De que á Bruto designe, si hijo mio
No le puedo llamar. La soberana
Dignidad, que á una voz Senado y pueblo
Á conferirme van, hereditaria
Será desde hoy; mas sólo en el que tenga
Sangre de César.—¿Tú, gloria tan alta
Robarle quieres?

SERVILIA.

¡Mas del hijo mio
El orígen manchar!...

CÉSAR.

¿Cuál es la mancha?
No de torpe adulterio es hijo Bruto:
Libres eran sus padres; y hoy, en casta
Union esposos fueran, si el mandato
De tu hermano feroz no lo estorbára,
Y tu debilidad. ¡Servilia! ¿quieres
Más? más haré.—Ante Roma todo calla.—
Repudiaré á Calpurnia: soy tu esposo.

SERVILIA.

¡Otra víctima! ¡No!—

CÉSAR.

¡No eres hermana
Tú de Caton! ¡del héroe, que con noble
Y ciego error sacrificó en las aras
De la patria su vida! Ménos grande
Sacrificio te pide, ¿y lo rechazas?—
Bien: tu secreto morirá conmigo;
Y otro será...

SERVILIA.

¿Qué dices? ¿Otro?....

CÉSAR.

¡Acaba!
Despierta esa virtud. Toma: este escrito
Es la revelacion: tu firma falta. (Le da un pergamino.)
Va á juntarse el Senado: ¡piensa en Bruto!
¡Piensa en Roma! Pronuncia una palabra;
Y la dicha de Bruto harás cual madre,
Y la dicha de Roma cual romana.

(Se va.)

ESCENA III.

SERVILIA.

¡Caton... mi hermano... su preciosa vida
Supo inmolar en aras de la patria!
La patria era su amor; ¡mi amor es Bruto!
Aquí está mi sentencia. ¡Desgraciada!
¡Ni á la virtud ni al crímen pertenezco!
¡Un Dios, adverso á Roma y á mi raza,
Por instrumento designarme quiso
De la rüina y del baldon de entrambas!
¡Ese implacable Dios fué quien mis pasos
Encaminó al umbral de esta morada,
En aquel dia de fatal memoria!
¡Él, quien ardió improvisa en mis entrañas
La compasion que libertó al proscripto!

¡Él, quien despues, en aparente calma,
Me dió á gozar en la filial ternura
El sublime placer que hoy me arrebata!
¡Númen inexorable! ¿no ha bastado
Á desarmar tu vengativa saña
La pura sangre en Útica vertida,
Y mi existencia entera consagrada
Á llorar mi delito? ¿Qué me pides?
¿Que ose yo misma revelar mi infamia
Á Roma... á Bruto? ¡Ah! ¡nunca! ¡eso no puedo!
Á tanto esfuerzo mi virtud no alcanza!—
¡Él es! (Viendo llegar á Bruto.)

ESCENA IV.

SERVILIA.—BRUTO.

BRUTO.

¡Madre, salud!

SERVILIA.

¡Cuánto has tardado!

BRUTO.

En el Pretorio fatigosa y larga
La audiencia ha sido.

SERVILIA.

Inquieta me tenias:
Ven, y en mis brazos, de tu afan descansa.
(Abrazándole.)
¡Noble afan! por tu boca la impasible
Témis dicta sus fallos.

BRUTO.

¡Su balanza

Nunca torcí!

SERVILIA.

¡Ni tuvo nunca Roma
Pretor más justo! Entre mercedes tantas
Como César te otorga, ésta sin duda
Fué la más digna.

BRUTO.

¡Todas las trocára
Por la que hoy le pedí!

SERVILIA.

¿Tú le has pedido
Una merced?

BRUTO.

¡Echándome á sus plantas!

SERVILIA.

¿Tú?

BRUTO.

¡Yo!

SERVILIA.

¿Y la niega?

BRUTO.

¡Y para más vergüenza,
Acaso con razon!—No se levanta
Un tirano jamás donde no hay siervos;
Ni jamás de rodillas se demanda
La libertad. Me la negó: ¡bien hizo!—

SERVILIA.

¿Y esa fué la merced?

BRUTO.

¡Sueños que pasan
Por mi mente febril!

SERVILIA.

No desesperes.
Roma esta vez no gime bajo el hacha
Del rudo Mario, ó del demente Sila.
No es César opresor; de la usurpada
Autoridad no abusa: sus afanes
Al bien de la República consagra,
Tú lo sientes así; yo de tu labio
Mil veces escuché sus leyes sabias
Y su genio admirar. No desesperes.
Y pues por senda de clemencia marcha,
Sabio y justo, dejémosle, hijo mio,
Al término llegar.—Dicen que al Asia
Corre á nuevas conquistas.—¡Si por dicha
Meditase al partir, dejar á Italia
En muestra de su amor... cuanto pudiera
Su esperanza colmar!...

BRUTO.

¡Vana esperanza!
No lo hará, no lo hará. ¡Si en torno suyo,
Aunque su noble instinto le dictára
Tan generosa accion, no ven sus ojos
Sino lisonja, servidumbre, infamia!

SERVILIA.

¿En todos, hijo?

BRUTO.

En todos. ¡Y áun hay lengua
Entre esa muchedumbre degradada
Que se atreva cobarde al nombre mio!
¡Hay quien su ilustre descendencia clara
Ose á Bruto negar!

SERVILIA.

¿Á tí? ¿Quién, hijo?

BRUTO.

En este escrito...

SERVILIA.

¡Oh cielos!

BRUTO.

Que ora acaban
De arrojarme á la silla del Pretorio.

SERVILIA.

¡Ese escrito!... ¿y qué dice?

BRUTO.

Estas palabras:
«¿Duermes, Bruto? ¡En verdad, tú no eres Bruto!»

SERVILIA.

¿Qué mas?

BRUTO.

No más.

SERVILIA.

¡Ah!

BRUTO.

¡Todo cuanto alcanza
El antiguo valor de los romanos,
Helo aquí! Digo mal: ¡de tanta hazaña
Pocos fueran capaces! Éste solo,
Que tal escrito en las tinieblas traza
Con temblorosa mano, ¡éste es un héroe!
¡Me asombra su valor! ¡éste aventaja
Á todos en virtud! El desdichado
Siente siquiera la coyunda, y clama
Porque amparo le den! Pronto me tiene.
Mas ¿dónde están los que lo piden? ¡Salga
El pueblo de Quirino: verá entónces
Si duerme Bruto, y si en sus venas guarda

Sangre de aquel varon, que por la hermosa
Libertad, de sus hijos las gargantas
Impávido segó!

SERVILIA.

¡Qué horror! ¡detente!
¿Fueras capaz?...

BRUTO.

¿Y de Caton la hermana
Me lo pregunta? Madre, ¿no aprendiste
Que hijos, padres, hermanos, á la patria
Todo se sacrifica? ¿No darias
Tú por su bien tu vida, tu honra y fama,
Y hasta tu hijo?—¡Si capaz no fueras
De tal virtud, por madre te negára!

SERVILIA.

Lo seré, lo seré: ni tú por madre
Me negarás, ni Roma por romana.
Digna me juzgo, y á la vez indigna,
De tí y de Roma. Mi flaqueza es causa
De vergüenza, lo sé; mas hoy los Dioses
Quieren por dicha hacer que de ella nazca
La grandeza de Roma y tu grandeza.
Si me has pagado con ternura tanta
Un estéril amor; cuando se eleve
Hasta la heroica abnegacion, ¿tu gracia
Me negarás?

BRUTO.

¿Qué dices?

SERVILIA.

¡Que la sangre
Que circula en tus venas, hoy te llama
Á inesperado honor!...

BRUTO.

Habla: de Bruto

La sangre siento en mí: ¡no la trocára
Por la del Dios que en el Olimpo reina!

SERVILIA.

¡Hijo! ¡esa sangre!...

BRUTO.

¡Di!...

SERVILIA. (Aparte.)

¡No puedo!—¡Oh patria!
¡Perdon! ¡perdon!... ¡y déjame ser madre
Un dia más!...—¡Se lo diré mañana!—
(Se va apresurada.)

ESCENA V.

BRUTO.

¡Huye de mí sin explicarse!—¡Cielos!
¿Qué me ha dado á entender con sus palabras?
¿Tambien mi madre á recordarme viene
Lo que debo á mi sangre! ¡Hasta una flaca
Mujer me acusa! ¿cómo es esto, Bruto?
¿Será cierto que duermes? ¿ofuseada
Está tu mente? ¿sordos tus oidos?
¿Ciegos tus ojos?—No.

ESCENA VI.

BRUTO.—CASIO.

CASIO. (Aparte.)

¡Sólo se halla!

BRUTO.

¿Quién llega?

CASIO.

¡Salud, Bruto!

BRUTO.

¡Salud, Casio!

CASIO.

Ese acento me dice cuánto extrañas
Mi presencia en tus lares.

BRUTO.

Me sorprende
Con razon: años há que la palabra
No cruzamos tú y yo.

CASIO.

Me hirió que César
Te antepusiese en la Pretura urbana.

BRUTO.

Negar debiste la palabra entónces
Á César, y no á mí.

CASIO.

César obraba
Segun su ley; como opresor.—Tú, Bruto,
Que desde el punto mismo en que postrada
Roma cayó á sus piés, objeto has sido
De su predileccion, de su privanza:
Tú, que de tus antiguos compañeros
Desde aquel dia con desden te apartas,
Y en tu largo aislamiento desconoces
Á Roma ya, ¿qué mucho si te tratan
Los cobardes, los tibios con reserva,
Y los altivos con rudeza franca?

BRUTO.

Esa amistad que el Dictador me otorga,
Nunca la mendigué: nunca su casa

BRUTO.

Yo nó dormia; la dormida es Roma;
Más que dormida; ¡muerta!

CASIO.

¿Y si te engañas?

BRUTO.

¡Plegue al cielo!

CASIO.

Los juegos lupercales
Mañana son: ¿irás?

BRUTO.

Iré.

CASIO.

¡Mañana
Renace la República!—¡En el foro,
Roma viva y despierta á Bruto aguarda!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El foro de Roma.—Las estatuas.—La tribuna con la silla de oro.—En el fondo se divisa el Capitolio: á su derecha la roca Tarpeya, y á su izquierda el templo de Júpiter Capitolino.—Casas, templos y avenidas á un lado y otro de la escena.—Á la derecha del actor, en primer término, la casa de Marco Antonio, magnífico palacio con pórtico y escalinata de mármol.

ESCENA PRIMERA.

Grupos de CIUDADANOS en la plaza; muchos de ellos recostados en la escalinata de la casa del Cónsul.—Sale de esta el esclavo ENNIO, y baja las gradas con dificultad, por estorbárselo los que están allí echados.

UN CIUDADANO.

No me pises la toga.

OTRO.

Esclavo, mira
Donde pones los pies.

ENNIO.

No dejais trecho.

CIUDADANO.

Pues no se pasa.

ENNIO.

Mi señor me espera;
Es Casio el Senador.

CIUDADANO.

Y yo soy Elvio,
Ciudadano romano.

OTRO.

¿Te figuras
Que aun los Patricios nos imponen miedo?

ENNIO.

No he dicho tal.

CIUDADANO.

Pasó su tiranía.

OTRO.

César domó su orgullo.

ENNIO.

Es cierto, es cierto.

CIUDADANO.

Todos iguales somos.—Pasa, esclavo.

ENNIO.

¡Perdonad, perdonad! (Baja las gradas.)

ESCENA II.

DICHOS.—CASIO, luego LOS ESCLAVOS.

CASIO.

¿Por qué á mi siervo
Amenazais?

CIUDADANO.

Porque enseñar conviene

Á algunos que lo olvidan, el respeto
Que al pueblo se le debe.

CASIO.

Bien hicisteis:
Y si otra vez lo olvidas, harás, Ennio,
Que te lo acuerde el látigo.

ENNIO. (Arrodillándose.)

¡Perdona,
Señor!

CASIO.

¡Levanta! (Aparte.) ¡Qué insolente pueblo!—
(Apartándose con el esclavo.)
Habla con disimulo. ¿Qué queria
Marco Antonio de tí?

ENNIO.

Que esté en acecho
De tus pasos, y á él solo mis denuncias
Comunique, guardando este secreto
De Lépido y de todos.

CASIO.

Quiere él solo
Saber lo que se trama. Ya penetro
Su intencion.—Bien está: vete al Pretorio,
Allí Bruto estará: busca un momento,
Y como hiciste ayer, con maña arroja
Este escrito á su silla, y vuelve luego.
(Le da un pergamino.—Se va Ennio.)
¿Con qué motivo al pórtico del Cónsul
Corre la muchedumbre?

CIUDADANO.

Hoy son los juegos
Lupercales.

CASIO.

Lo sé.

CIUDADANO.

Con un banquete
Festeja Marco Antonio á sus lupercos,
La flor de Roma, que en honor de César
Este rito consagran.

CASIO.

¿Y los restos
Del banquete aguardais?

CIUDADANO.

Y la esportilla
Verás cuán llena de manjares llevo.

CASIO.

¡Y así vives feliz!

CIUDADANO.

De balde como:
Pilas de jaspe en que bañarme tengo
Cuando el ardor canicular, y estufas
Donde burlar los frios del invierno;
Fieras y gladiadores en el circo;
En el teatro farsas de Laberio:
Y luego al fin del año en los Comicios
Al que me da más suma el voto vendo.
¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto,
Me dió César un campo; pero presto
Me cansé de labrarlo; que á esa vida
Este bullir de la Ciudad prefiero.
Con que vendí mi campo y volví á Roma.
En la Suburra habito.

CASIO.

¿Y qué es del precio
Que te dieron por él?

CIUDADANO.

Me lo he comido.

CASIO.

¿Y ya no tienes campo ni dinero?

CIUDADANO.

¡Qué importa! ¡Tengo á César! Mientras viva,
Ni al frio, ni al calor, ni al hambre temo!

(Aparecen en lo alto del pórtico los esclavos con fuentes de oro, unas que contienen restos de jabalíes, de pescados, de pavos reales, otras con diversas frutas, todo lo cual van distribuyendo á los ciudadanos, que al verlos aparecer, se han agolpado á la escalinata.)

UN ESCLAVO.

¡Ciudadanos! El Cónsul os saluda,
Y esto os envia en prueba de su afecto.

LOS CIUDADANOS.

¡Viva Antonio!

CASIO. (Aparte.)

¡Aplaudid! En el banquete
Que os he de dar, con vuestro aplauso cuento.

UNOS.

¡Venid acá!

OTROS.

¡Nosotros somos antes!

OTROS.

¡Los que han tomado ya, dejen el puesto!

ESCLAVO.

Para todos habrá.

UNO.

Yo fuí soldado.

OTRO.

Y yo estuve en Farsalia.

OTRO.

Con Pompeyo.

OTRO.

Yo serví con Antonio.

OTRO.

En los Comicios
Yo mi voto le dí.

OTRO.

Por cien sextercios.
Yo le voté de balde: abridme paso.

(Aparecen en el vestíbulo los lictores y grita su jefe Valerio:)

VALERIO.

¡El Cónsul! ¡Plaza al Cónsul!

UN CIUDADANO.

¿Yo me quedo
Sin comer?...

EL ESCLAVO.

Ya no hay nada.

VALERIO.

¡Plaza al Cónsul!

(Abren paso y bajan por la escalinata.—Detras de ellos viene Marco Antonio seguido de los jóvenes lupercos.)

ESCENA III.

CASIO.—MARCO ANTONIO, LOS LUPERCOS, EL PUEBLO, VALERIO, LOS LICTORES.

EL PUEBLO.

¡Viva Antonio!

ANTONIO.

¡Por Hércules, mi abuelo!
¡Gran banquete! Si todos los romanos
Aquí se juntan, para todos tengo.

UN CIUDADANO.

No para todos.

ANTONIO.

¿Cómo no?

CIUDADANO.

Aquí hay uno:
Para mí no alcanzó, y estoy hambriento.

ANTONIO.

¿Tienes hambre? ¡Te envidio!—Haced que coma
Este buen ciudadano.

(El ciudadano sube al pórtico, y un esclavo se lo lleva dentro.)

¡Oh! ¡mis lupercos!
¡Oh! ¡Quinto Ciceron! ¡Pese á tu tio,
Con nosotros estás! Corred, mancebos,
Honrad á César, semi-dios de Roma:
Preparad en su honor el rito nuevo
Que hoy consagramos á su ilustre nombre.
¡Con divino furor arde Lieo
En nuestras venas! ¡Evohé!

LOS LUPERCOS.

¡Corramos!

ANTONIO.

¡Mil veces Evohé!—Marchad al templo.

(Se van los lupercos.)

ESCENA IV.

CASIO, MARCO ANTONIO, EL PUEBLO, LOS LICTORES.

ANTONIO.

Ciudadanos, las nuevas lupercales
Comienzan hoy. Á presenciar los juegos
Vendrá César al foro; á su llegada,
Señales halle del amor del pueblo,

Su estatua coronad; lauros y rosas
Teneis en mi jardin.

PUEBLO.

¡Si! ¡coronemos
Á César semi-dios!

(Entran algunos en casa de Antonio; y salen luego con ramas de laurel y rosas, con las que tejen una corona y guirnaldas para adornar la estatua de César.)

ANTONIO.

¡Oh Casio! ¿vienes
Con tu esportilla á recoger los huesos?

CASIO.

Áun, por gracia de César, no he llegado
Á tal extremidad.

ANTONIO.

¡Por gracia! es cierto:
Tú bien lo sabes.

CASIO.

¡Yo! ¿Pues hay motivo
Para que Casio la merezca ménos?

ANTONIO.

¡Siempre torvo el mirar, pálido el rostro!...
¿Qué rueda por tu mente?

CASIO.

Un pensamiento
Fijo, tenaz, constante... ¡no te asombre!
Una quimera, una ilusion, un sueño...
¡La libertad de Roma!

ANTONIO.

¡Tú conspiras!

CASIO.

¡Conspirar!... ¿y con quién?—Negar no quiero

Que hay en los nobles y en la plebe misma,
Algunos... quizá muchos, que del pecho
En lo más hondo guardan y alimentan,
Cual las Vestales, el sagrado fuego.
Muchos, que el yugo de hoy, blando sin duda,
Ansiando están por sacudir del cuello;
Y que nuestra República renazca
Segunda vez; y como en otro tiempo,
Sea el Pretor, Pretor, y el Cónsul, Cónsul!

ANTONIO.

¿Son muchos, dices, los que piensan eso?

CASIO.

Los que lo piensan, muchos; los que osáran
Ejecutarlo, pocos!

ANTONIO.

¡Tú uno de ellos!—

CASIO.

Si de mi voz en Roma tanta fuera
La autoridad, te juro que áun á riesgo
De perder la existencia, lo intentára.
¡Inútil sacrificio! ¡El noble ejemplo
Nadie siguiera del oscuro Casio!
El terror, la sospecha, el desaliento
Los ánimos embarga. Quién oculta
Su humillacion en el hogar materno,
Como en Bruto lo ves: quién la disfraza
Con máscara servil: testigos Decio,
Cimbro, Casca, Trebonio, que cortejan
Al Dictador, odiándole en secreto.—
No, Antonio, no conspiro: puede César
Vivir tranquilo, de temor ajeno.—
Sólo un romano existe, que pudiera
Llamarse su rival: el que perplejo
Y vacilante y tímido á la orilla

Le halló del Rubicon, y su ardimiento
Le transmitió, y el límite vedado
Le animó á traspasar: el que por medio
Del borrascoso mar, á Macedonia
Voló á salvarle de inminente riesgo:
El que en Farsalia hundió nuestra derecha,
Que en persona mandaba el gran Pompeyo.
¡Ése, el único es ése, que si alzára
La poderosa voz!... ¡Qué estoy diciendo!
¡Ése tambien en gárrulos banquetes,
Por olvidar su indigno abatimiento,
Su mente ofusca y su vergüenza ahoga
En bullentes raudales de Falerno!

ANTONIO.

Y ése lo acierta, Casio. ¿Qué es la vida
Sin vino y sin amor? Bendice al cielo,
Que nos depara en César quien alivie
Á Pretores y Cónsules del peso
De gobernar á Roma. ¡Sois ingratos!
Le habeis nombrado Dictador perpétuo:
Eso no basta. Del laurel que ciñe
Su vencedora frente, brotar veo
Las ínfulas de Rey.

CASIO.

¡De Rey!

ANTONIO.

¿Qué importa?
¿No lo es acaso ya?—¡Gracioso es esto!
¡Sufren el hecho, y les asusta el nombre!—
Vamos, lictores.—Mira, mira al pueblo
Coronando su estatua.—Dime, Casio;
Y esos ¿fingen tambien? (Riendo.) ¡Vamos al templo!
(Se va precedido de sus lictores.)

ESCENA V.

CASIO, EL PUEBLO.

CASIO.

¿Quiere ser Rey? los dioses le han cegado.
Y se acerca su fin.—Pues ¿no es más necio,
Teniendo el hecho, ambicionar el nombre?—
Despues de su clemencia, este es el yerro
Que más le ha de pesar... si por ventura
De que le pese le dejamos tiempo.—
¿Y Antonio? Antonio me ha entendido; á César
Será tambien traidor con su silencio.
Pocos le quedan ya. Y esa noticia...
Si á confirmarse llega, Bruto es nuestro.
¡Qué lejano rumor!.

PUEBLO.

¡Es Bruto! ¡Es Bruto!

CASIO.

Él se acerca.

PUEBLO.

Salgamos á su encuentro.

CASIO.

¡Bruto! Tu nombre sólo necesito
Para acabar con César. Si vencemos,
Á par del tuyo aclamarán el mio:
«¡Casio y Bruto!» dirán: —¡Casio el primero!

ESCENA VI.

CASIO.—BRUTO.—EL PUEBLO.

(El pueblo se ha adelantado á recibir á Bruto y le abre paso, con señales de respeto. Bruto trae en la mano un pergamino arrollado.)

UNOS.

¡Salud á Bruto!

LAS MUJERES.

¡Al hijo de Servilia!

OTROS.

¡Al amigo de César!

BRUTO.

¡Qué estoy viendo!
¿Su estatua coronais?

UNOS.

Lo mandó el Cónsul.

BRUTO.

Casio, ¿lo ves? el lamentable ejemplo
Que los Patricios dan, la plebe imita.
¡Oh! ¡la degradacion!—¿Para ver esto
Al foro me citaste?—Ciudadanos:
El Cónsul que lo manda, y los que ciegos
Obedecen su voz, ni á César aman,
Ni son romanos, ni merecen serlo.
¡Arrancad de su estatua esos adornos:
Quitadle esa corona! ¿No estais viendo
Á Junio Bruto allí, que ya indignado
Salta del pedestal?

UNOS.

Hoy á los juegos
Viene César aquí.

BRUTO.

¡Venga en buen hora,
Y halle romanos; pero nunca siervos!
No imagineis que la servil lisonja
Complace al Dictador. Que vuestro acento
Le aclame «Padre de la patria»; y basta
Á colmar su ambicion.—Echad al suelo,
Quitadle, os digo, esa corona, insignia
Odiosa á Roma, á César el primero.
¿Su amigo me llamais? pues imitadme:
Su amigo quiero ser; y así lo pruebo.

(Arranca los adornos de la estatua de César.)

UNOS.

Imitemos á Bruto.

OTROS.

Él es amigo
De César.

OTROS.

El mayor.

OTROS.

Sabrá que en esto
Le complace.

OTROS.

¡No hay duda!

OTROS.

¡Pues á tierra
Esa corona!

TODOS.

Á Bruto obedecemos.

(Despojan la estatua de los adornos.)

CASIO.

Si al foro te cité para que vieses
Despierta á Roma, nunca fué mi intento
En esa baja multitud mostrarte
Á Roma: eso no es Roma: es un revuelto

CICERON.

¡Quieren darnos un Rey!

BRUTO.

¡Un Rey!

CICERON.

¡La obra
Deshacer quieren de tu heroico abuelo!

BRUTO.

¡Un Rey!

CICERON.

No lo temais.

CASIO.

¡Habla!

CICERON.

Llamado
Fuí á casa de Cesar, há un momento.
Voy, llego, me introducen, y hallo juntos
Á Hircio, Lépido, Pansa, Planco, Decio,
Á los suyos en fin, que un grave asunto
Tratando estaban. Salen á mi encuentro
Todos, y con benévolo semblante
Asiéndome las manos: «Tú eres nuestro,
Me dicen, Marco Tulio, tú, lumbrera
Del Senado y del Foro, tú, el primero
En ciencia y en virtud. (Esto decian!)
Oye: vas á juzgar. Se ha descubierto
Que segun en los libros Sibilinos
Escrito está desde remotos tiempos,
No vencerá á los Partos quien no lleve
El título de Rey. César, dispuesto
Á marchar á esa guerra, el vaticinio
Desprecia del oráculo. ¿Y es cuerdo
Que por su temeraria confianza
La victoria de Roma aventuremos?
¡Apóyenos tu voz en el Senado,
Rayo de la elocuencia! ¡Suene el eco

De esa tu ardiente inspiracion divina,
Que es orgullo al romano, envidia al griego!...
(Esto decian.) Habla, y la corona
Á César das; y á Roma el triunfo cierto.»

CASIO.

¿Y hablarás?

CICERON.

No hablaré. Tranquilizaos:
No será Rey; á Túsculo me ausento.

CASIO.

¡Callar! ¡Partir! ¿Qué dices? Á la patria
No le basta tu fuga y tu silencio.
Esa elocuencia, que al tirano niegas,
Se la debes á Roma. Aquí es tu puesto,
En el Senado. Y cuando llegue el dia,
Álzate audaz, y como en otro tiempo,
Grítale entónces: «¿Hasta cuándo, César,
Abusarás del sufrimiento nuestro?»—
La voz de Ciceron á los traidores
Dará espanto, y á todos, con tu ejemplo,
Nos verás contra el pérfido tirano
La voz alzar, y si es preciso, el hierro!

CICERON.

¡El hierro!—De tus años juveniles
El ciego ardor, la inexperiencia veo,
Y perdono el ultraje. ¡El hierro, dices!
¿Piensas que torne á renacer de nuevo
La libertad, aquí, donde bañado
Sila en sangre de nobles y plebeyos,
Cansado de matar, depuso el hacha,
Y vivió impune, y espiró en su lecho?
No hubo un puñal en Roma contra Sila,
¿Y le habrá contra César?—No acusemos
De injusticia á los dioses.—Ya se junta
El pueblo aquí. Yo parto. Á ver los juegos

César vendrá: que mi partida sepa.
No será Rey. Para estorbar su intento
Basta echar, noble Casio, en la balanza
De Ciceron la ausencia y el silencio. (Se va.)

ESCENA VIII.

CASIO, BRUTO.—TREBONIO, CASCA.—EL PUEBLO.

(Va llegando al foro por diversos puntos el pueblo. Trebonio y Casca llegan al marchar Ciceron, y hablan misteriosamente con Casio.—Bruto está aparte, caviloso.)

TREBONIO.

¿Dónde va Ciceron?

CASIO.

Al Tusculano.

CASCA.

¿No apoyará el sacrílego proyecto?

CASIO.

¿Sabeis?...

TREBONIO.

¡Todo!

CASCA.

¿Qué es esto! ¿huye el cobarde?
¡Vendrá el dia, Trebonio, y no tendrémos
Su autorizada voz! ¡Nos falta un nombre
Popular que á los tímidos dé aliento!

CASIO.

No faltará: ¡mirad!

CASCA.

¡Bruto!

TREBONIO.

¿Es posible?

CASIO.

Nuestro será.

BRUTO. (Aparte.)

¡No acabo de creerlo!

(Movimiento en el pueblo, que dirige sus miradas hácia la izquierda, y procura tomar sitio, trepando algunos á la escalinata, á los pedestales de las estatuas y á los capiteles.—Casca y Trebonio se dirigen hácia la izquierda á unirse á la comitiva.)

UNOS.

¡César! ¡César!

OTROS.

¡Ya viene!

UNO.

¡Ciudadanos,
Saludémosle todos!

OTRO.

No olvidemos
El consejo de Bruto.

OTRO.

Sí: aclamarle
Debemos: ¡Padre de la patria!

OTRO.

Es cierto:
Sólo ese grito le complace.

OTRO.

Bruto
Nos lo ha dicho.

VARIOS.

Sigamos su consejo.

(Entre tanto ha salido la guardia de César, y se ha colocado detrás de la tribuna.)

CASIO.

¡Siempre con él su guardia de españoles!

ESCENA IX.

CASIO, BRUTO, CASCA, TREBONIO.—CÉSAR, DECIO, LÉPIDO, CIMBRO, CINA, PUBLIO SIRO, LABERIO, SENADORES, GUARDIA, PUEBLO DE AMBOS SEXOS, LICTORES.

(Sale por la izquierda del foro César, vestido de ropas triunfales, precedido de los lictores, y acompañado de las personas que ántes se citan.)

PUEBLO.

¡Salud á César!

CÉSAR.

¡Al romano pueblo
Salud!

PUEBLO.

¡Salud al Padre de la patria!

(Sube César á la tribuna, donde estará colocada la silla de oro. Decio se acerca al paso con disimulo á Casio.)

DECIO.

¿Se decidió?

CASIO.

Aun vacila.

DECIO.

Será nuestro
De aquí á un instante: ¡aguarda!

(Los sacerdotes de Luperco aparecen por la derecha del foro con una ara donde arde una llama y con instrumentos músicos.)

UN SACERDOTE.

Tu mandato
Se espera, ¡oh César!

CÉSAR.

Comenzad los juegos.

(César se sienta: los sacerdotes colocan el ara delante de la tribuna y

queman perfumes, que se elevan hasta César en nubes de humo, entonando al són de la música, el siguiente coro:)

Himno á Luperco.

¡Sacro ministro del potente Jove:
Fuente de vida, animador del mundo:
Númen fecundo, tutelar de Roma,
Divo Luperco!

¡Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano, que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos!

Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares á colmar de ofrendas
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:
Deja el Olimpo, los espacios hiende:
Númen, desciende: su mayor tesoro
Roma te fia.

¡Númen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo:
Cubra tu escudo al Dictador de Roma,
¡Divo Luperco!

(Durante el coro, el pueblo ha abierto calle á las carreras, y los lupercos, desnudos de medio cuerpo arriba, y coronados de pámpanos, han cruzado corriendo, azotando con correas á los que hallaban al paso, principalmente á las mujeres que presentaban las palmas de las manos para recibir el golpe, por creer que así dejaban de ser estériles. Al terminar el coro, aparece, por la derecha del foro, Marco Antonio, seguido de sus lupercos: él y ellos con el traje propio de la ceremonia, y Lucio-Cota.)

ESCENA X.

LOS ANTERIORES.—MARCO ANTONIO, LUCIO-COTA Y LOS LUPERCOS.

ANTONIO.

¡No prosigais! En vano á las deidades
El triunfo les pedis. Caerá de nuevo,
Como Craso cayó, quien á los Partos
Pretenda sojuzgar, contra el decreto
Inmutable del hado.—Lucio-Cota,
Quindecemviro: tú, que los misterios
Penetras de los libros Sibilinos,
Habla: ¿qué dicen?

LUCIO-COTA.

«Que ningun guerrero,
Que Rey no sea, vencerá á los Partos.»

ANTONIO.

¡César, vas á marchar! Para vencerlos
Falta á tu frente la real diadema;
Y yo en nombre de Roma te la ofrezco.

(Dice esto subiendo á la tribuna y haciendo ademan de poner la corona real sobre la cabeza de César. Óyese un ruido sordo y confuso entre el pueblo.)

PUEBLO.

¡Un Rey! ¡Un Rey!

LOS LUPERCOS. (Aplaudiendo.)

¡Salud al Rey de Roma!

CÉSAR.

¿Qué haces, Antonio!—¡Aparta: no la acepto!

(Aparta con la mano la corona: el pueblo aplaude.)

PUEBLO.

¡No! ¡Viva César, Padre de la patria!

CÉSAR. (Poniéndose en pié.)

¡Ese nombre me basta! Yo no anhelo
Más que la dicha y el amor de Roma.
El título de Rey en otros tiempos
Fué grato á la Ciudad. Rey se llamaba
Rómulo, fundador de este gran pueblo.
Rey Anco Marcio, y Tulio, y Numa, ¡Numa!
¡Sabio legislador, Rey justiciero!
De la impúdica frente de Tarquino,
Indigno sucesor del noble Servio,
Ésta, que Roma veneraba un dia,
Sagrada insignia del poder supremo,
Deslustrada cayó. No, ciudadanos,
No ceñirá mi sien, sin que primero
Purificada sea. Al Capitolio
Llevadla al punto. Á Júpiter excelso
Con ella coronad. Júpiter sólo
Puede ser Rey de Roma!—Si por medio
De la voz de su oráculo nos manda
Transmitirla á otra frente, porque en ello
Libra la patria su salud, su gloria,
El triunfo de sus armas, el aliento
De las legiones, júzguelo el Senado.
Si él lo decreta, y lo sanciona el pueblo,
Obedecerlo juro: si uno y otro
Lo rechazan, ¡no importa! Yo contento
Á la lid partiré, llevando el nombre
Que he llevado hasta aquí. Basta el que tengo:
¡César! ¡ya lo conoce la victoria!
¿Hay quien sospeche que ceñir pretendo
La régia insignia para ser tirano?

PUEBLO.

¡No! ¡No!

ACTO CUARTO.

En casa de Bruto.—Es de noche.—Una lámpara encendid.

ESCENA PRIMERA.

BRUTO, CASIO.

(Bruto está sentado y pensativo. Levántase al ver entrar á Casio.)

CASIO.

¡No me engañé! Por más que su carrera
Mediando está la noche, aquí mis pasos
Encaminé sin vacilar, seguro
De hallar á Bruto en pié, solo y velando.

BRUTO.

¿Qué causa á tales horas te conduce?

CASIO.

Causa de urgencia tal, que no da espacio.
Al venidero dia, por decreto
Del Dictador, se juntará el Senado.
Esta noche, en su casa, con aviso
Transmitido por fieles emisarios,
Secreto conciliábulo celebran

El triste yace por aguda fiebre
En su lecho.

ESCENA III.

LOS ANTERIORES.—LIGARIO, OTRO SENADOR.

(Ligario sale apoyado en un báculo y en el brazo de un senador: pálido el rostro y con la agitacion de la fiebre.)

LIGARIO.

¡Aquí está Quinto Ligario!—
Pues ha sanado del letargo Bruto,
¡Tambien de mi dolencia yo he sanado!

BRUTO.

¿Tú con nosotros?

LIGARIO.

¿Por qué no? Si César
Me perdonó la vida, no me hallo
Sujeto á gratitud. ¿Á mí la vida?
¡Rubor me causa! ¿Quién es el romano
Que puede en mí de vida ni de muerte,
El derecho ejercer, sin usurparlo?
¡Mi perdon fué un insulto hecho á la patria!
Fué decirnos que el aire que aspiramos
Es dón de su piedad, gracia de César.
¿Quién vive así? ¡Yo no! ¡Del lecho salto
Delirante y febril, nó bien escucho
Tu nombre, Bruto! Si meditas algo
Digno de tí y de Roma, aquí dispuesto
Á seguirte me tienes. ¡Aunque flaco
Mi cuerpo está, mi espíritu está entero!

CASIO.

¡Oh esperanza de Roma! ¡El desengaño
Ves aquí, Bruto!

CASCA.

En tu presencia tienes
Á todos ya.

CASIO.

No á todos, uno aguardo,
Uno, que aquí esta noche entre nosotros
Veréis aparecer: quien mas lejano
De vuestra mente está: quien ni aun en sueños
Imaginar podeis.

BRUTO.

¡Tú has hecho, Casio,
Grandes conquistas!

CASIO.

Casio no: ¡tu nombre!

CASCA.

¿Quién será?... ¿Marco Antonio?

CASIO.

¡Aun mas cercano
Al Dictador!

LIGARIO.

¡Á que nos trae á César!

CASIO.

Si no á César, al que es depositario
De sus secretos, de sus planes todos:
Al que á decirnos viene qué atentado
Se prepara mañana contra Roma...
¡Vedle aquí!

ESCENA IV.

Los anteriores.—DECIO BRUTO.

TODOS.

¡Decio Bruto!

BRUTO.

¡Decio!

DECIO.

¡Marco!

(Ambos se dan la mano.)

BRUTO.

De este no me sorprendo: Decio Bruto
Se llama: ¡el nombre obliga!

DECIO.

¡Sí, romanos!
Fiel á mi nombre, vedme entre vosotros.
Siempre enemigo fuí del que afectando
Salvar las leyes, el poder supremo
Hipócrita ambiciona. Ese conato
Vi en Pompeyo, ¡perdóneme su sombra!
Por eso estuve en el opuesto bando.
Y si él logrado la victoria hubiese
En Farsália, creedme: quizá tanto
No tardára en llegar su tiranía.—
Lo que hice entónces con Pompeyo, hoy hago
Con César, hoy que sin pudor descubre
El rostro audaz, la máscara arrojando.

CASIO.

Pues ¿qué intenta?

CASCA.

¿Qué suerte nos aguarda?

DECIO.

¡La vergüenza! ¡morir, ó ser esclavos!

TODOS.

¿Qué dices?

CASIO.

¡Habla!

DECIO.

Oid.—Por órden suya,

Ya sabeis que esta noche en su palacio
Los senadores se juntaban. César
Aparece: con gritos de entusiasmo
Acogen su presencia: quién le llama
«¡El salvador de Roma!» quién, «¡el rayo
De la guerra!» quién, «¡padre de la patria!»
Él con aspecto frio esos dictados
Parecia escuchar; cuando entre aquella
Ruidosa aclamacion la voz alzando
Marco Antonio, repite el vaticinio
De la Sibila, y grita que el Senado
No le deje partir, si ántes no acepta
El título de Rey. Al escucharlo,
Yo vi ¡no lo dudeis! en más de un rostro
Asomar el rubor. Pero arrastrados
Por el clamor de Antonio y de los suyos,
Todos prorumpen en ferviente aplauso.
César procura su profundo gozo
Hipócrita encubrir; por largo espacio
Se hace rogar: hasta que al fin vencido:
«Acepto, dice, no por mí, romanos;
¡Por la salud de Roma!» Alzan entónces
Furibundo clamor sus partidarios:
Triunfa la adulacion, sucumbe el miedo...
¡Mañana es Rey!

TODOS.

¿Mañana?

DECIO.

Á proclamarlo
Todos resueltos van. Será de César
En la familia el trono hereditario;
Por tierra y mar ostentará en su frente
La corona real; sólo vedado
Llevarla en Roma le será.—¡Reliquias,
Último esfuerzo del pudor romano!—
Tambien mañana de su régio trono
El heredero nombrará. Por varios

Indicios sé que designar intenta...
¿Á quién, diréis?... ¡Á su sobrino Octavio!

TODOS.

¡Octavio!

CASIO.

¡Octavio! ese mancebo imberbe...

DECIO.

Que á Bríndis arribó, y acaudillando
Las legiones, mañana le verémos
Á las puertas de Roma.

CASIO.

¡Preparado
Con astucia infernal el golpe estaba!
¡No hay salvacion! ¡Él tiene ya en su mano
El poder de la ley y el de la fuerza!

LIGARIO.

Contra esa ley de oprobio, rebelaros
Á vosotros os toca, Senadores.
Yo no lo soy; pero mi voz, en tanto
Que la vuestra elocuente y poderosa
Allí combate y triunfa, el vil letargo
Sacudirá de la indignada plebe;
Y á esa ley y á esa fuerza, que el tirano
Quiere usurpar, responderán terribles,
Con la fuerza y la ley, pueblo y Senado.

CASIO.

¡Tú deliras, Ligario! La elocuencia
No es aquí de sazon. En los escaños
De la romana Curia ¿no estás viendo
La multitud de advenedizos galos,
Que allí sentó la voluntad de César?
Todos le aclamarán; y el temerario
Que ose mañana combatir sus votos,

Prepárese á morir.—Pues bien, ¡muramos!
Ese es nuestro deber. Mañana, amigos,
Cuando puestos en pié, tendiendo el brazo,
Esos envilecidos Senadores,
Para elevarle al trono soberano
Su voto dén; inmóviles nosotros
En la silla curul, se lo negamos.
Firmar será nuestra mortal sentencia:
¡No lo dudeis!—¿Qué importa? El pecho esclavo
Compre la vida á precio de la infamia:
¡Casio quiere morir libre y honrado!

TODOS.

¡Todos contigo morirémos, todos!

BRUTO.

¿Qué proferís? ¿qué súbito desmayo
Vuestro espíritu embarga? ¡No os conozco!—
¿Quién habla de morir? Cuando un tirano
Quiere á Roma humillar, Roma á sus hijos
No les manda morir, sino matarlo!
¡Muera César!

LIGARIO.

¡Así! ¡Digna palabra!
¡Grito de salvacion, que ántes Ligario
No ha osado pronunciar, porque esperaba
Verlo salir de tus ilustres labios!

CASIO.

¡Aquí en mi corazon tambien bullia!
¡Y en todos, sí! Mas ¿quién el grito santo,
Quién era digno de lanzar, primero
Que él noble sucesor del gran romano
Que fundó la República? ¿Su voto
Escuchais? ¡Muera César!

TODOS.

¡Muera!

DECIO.

¿Y cuándo
La ejecucion?

TREBONIO.

¡Asegurar el golpe
Conviene!

CINA.

Fácil es: ayer incauto
Su guardia despidió.

CASCA.

¡Juremos todos
Que á su vez cada cual sabrá acecharlo,
Y en ocasion propicia darle muerte!

DECIO.

En el campo de Marte.

TREBONIO.

En el teatro.

CINA.

Mejor en los comicios.

LIGARIO.

¡Más seguro
En los comicios es! Marcelo y Flavio
Tribunos son del pueblo: aquí presentes
Los mirais, contra César conjurados.
Yo el golpe le daré: ¿jurais vosotros
Amotinar la plebe?

MARCELO Y FLAVIO.

¡Lo juramos!

LIGARIO.

¡Conjuracion sublime!...

BRUTO.

Yo á mi casa
Para tramar conjuracion no os llamo:
¡Os junto en tribunal! Jueces de César
Somos, y no enemigos: nuestro fallo
Venganza no ha de ser, sino sentencia.—
No, no es mi voto que á matarlo vamos,
Cual vil ladron, que al caminante acecha
En la tiniebla, y lo asesina al paso.
¡No es eso digno de nosotros! Bruto
Para tan torpe accion no da su brazo.
César por sus hazañas merecia
Los honores que goza; y yo declaro
Que merece la muerte, porque quiso
Ántes que recibirlos, usurparlos.
¡Muera César! y muera ántes que logre
Al Senado matar! ¡No consintamos
Que Roma tenga Rey ni un solo instante!
Si mañana por Rey quieren jurarlo,
¡Muera mañana!

LIGARIO.

¿Y dónde?

BRUTO.

Donde intentan
El crímen consumar: ¡en el Senado!

TODOS.

¡Mañana!

CASIO.

Él manda: obedecer nos toca.—
¡Muera César mañana! ¿Qué arriesgamos?
¿La vida? Hace un instante que ofrecimos
Sacrificarla con valor: pues ¿cuánto
Más glorioso será caer revueltos
Con el sangriento cuerpo del tirano?

DECIO.

¡No lo temais: herid! Por vuestras vidas

Yo velaré: mañana en torno al atrio.
De Pompeyo, quinientos gladiadores,
Que á sueldo tengo, acudirán armados.

CASIO.

¡Compañeros! Si el cielo nos ampara,
No os contenteis con derribar el árbol,
Cuya sombra mortífera nos roba
Del puro sol de libertad los rayos.
Las raíces que en torno le alimentan,
Con el hierro extirpad: ó preparaos
Á verle retoñar, tronco gigante,
Que sobre Roma tenderá sus brazos.—
¡No caiga solo César, con él caigan
Su amigo Antonio y su heredero Octavio!...

TREBONIO.

¡Y Lépido tambien!

DECIO.

¡Y Dolabela!

BRUTO.

¡Callad! ¡Por vuestra boca están hablando
Miedo y rencor!—Inútil hecatombe
Quereis sacrificar. ¡Sólo tiranos
Consiente el cielo en Roma, de la raza
De los Silas, los Césares, los Marios!
Ni á la fuerza apeleis: si nuestra causa
Es noble y justa, su celeste amparo
Los dioses le darán; y no busquemos
Vil apoyo en indignos mercenarios.
Puñales para herir, los nuestros sólo:
Víctimas, sólo César. Sentenciado
Por las leyes está: de la sentencia
Son los ejecutores nuestros brazos.—
¿Cómo, si no, sobre su noble pecho
Alzára yo el puñal! ¡yo, tan colmado

Por él de beneficios, de mercedes,
Tan querido de César, que al matarlo,
Fuera Bruto el peor de los traidores,
Si no fuera el mejor de los romanos!—
¡Roma le debe gratitud y muerte!—
Autor de su grandeza y de su estrago,
Sus hazañas, de hoy más, borradas quedan
Para el perdon, mas no para el aplauso!—
¡Vedle salvar las cumbres de Pirene,
Y al Gallego vencer, y al Lusitano,
En el confin á donde al mar de Atlante
Rinden tributo el Miño, el Duero, el Tajo!—
¡Vedle en dos lustros de sangrientas lides
Las Galias sojuzgar! ¡Vedle domando
Del Rin caudal la rápida corriente,
Someter al Teuton! ¡Del Oceáno
Vedle cortar con atrevida prora
La no surcada espalda, allá plantando
Las águilas de Roma, dó se ocultan,
Divididos del orbe, los Britanos!—
¡Mirad, mirad qué vida nuestro acero
Va mañana á cortar! Al desnudarlo,
¡Ni el ódio os ciegue ni el rencor os guie!
¡Matémosle sin ira, ciudadanos!
¡No somos asesinos! ¡Sacerdotes
Somos de la República, que armados
Con el sagrado acero, en las entrañas
De una sublime víctima buscamos
La libertad de la oprimida patria!
¡Sobre su pecho con segura mano
Vibrad el hierro y apartad el rostro
Con respeto y dolor! Así el mandato
De Roma cumpliréis, que para herirle
Os presenta el puñal, bañada en llanto!—
¡Oh sacrificio grande y lacrimoso!
¡Oh César! ¡Oh dolor!—¡Fuérame dado
Matar su intento sin matar su vida!

CASIO.

¿Lloras, Bruto?

BRUTO.

¡Mañana lo matamos!
¿Temeis? ¿dudais? ¡Lo mataré yo solo!

TODOS.

¡Mañana!

BRUTO.

¡Sí, mañana, en el Senado,
Al resplandor del dia, descubierto
El rostro, alta la diestra, sepultamos
El puñal vengador en sus entrañas,
Sin ira, sin piedad; y en holocausto
Á la ofendida Roma le ofrecemos
El cadáver allí de un hijo ingrato!

CASIO.

¡Vengador de la ley, hé aquí mi diestra!

TODOS.

¡Hé aquí la mia!

(Todos extienden la diestra hácia Bruto.)

CASIO.

¡Amigos, separarnos
En silencio conviene: el alba asoma!

UNOS.

¡Al Senado mañana!

OTROS.

¡Sí, al Senado!

CASIO.

El semblante sereno, el hierro oculto,
¡Y en los Dioses fiad!

BRUTO.

¡Númenes sacros,
Oid mi voz! ¡Haced que eternamente

En este mes, á Marte consagrado,
Al Dios potente, fundador de Roma,
El sol que va á nacer á los tiranos
De un siglo y otro siglo espanto sea,
Y á la Ciudad glorioso aniversario!

CASIO.

¡Los ídus son!

BRUTO.

¡En los futuros tiempos
Fama eterna tendréis, ídus de Marzo!

(Los conjurados se retiran.)

ESCENA V.

BRUTO.

¡Fama eterna este dia! Y de mi nombre
¿Cuál la fama será? Con el de Casio
Envuelto irá, y el de esos miserables,
Que aborrecen al hombre, y no al tirano.
«¡Bruto, dirán, el matador de César!»
Sin saber que le admiro, que le amo,
¡Y voy á darle muerte! ¡que desprecio
Á los que son mis cómplices, y un lazo
Fatal me une con ellos! ¡Que estén siempre
Mi corazon y mi deber luchando!
Así, encendida la civil contienda,
Volé resuelto de Pompeyo al campo;
¡De Pompeyo, asesino de mi padre!
¡Y el acero esgrimí contra el humano
Vencedor de Farsália! ¿Por qué, oh cielo,
Por qué en tal confusion truecas los hados,
Que la causa del mal á un héroe fias,
Y la del bien á tan indignas manos?
¡Oh costosa virtud!—Ya luce el dia;
El momento llegó.
(Tomando el puñal.) Puñal sagrado,

Ven, escóndete aquí: contigo llevo,
En la dudosa empresa á que me lanzo,
Si vencedor, la libertad de Roma;
Si vencido, la mia.—

ESCENA VI.

BRUTO.—SERVILIA.

SERVILIA.

Por el atrio,
Há un instante, hijo mio, he visto algunos
De tu estancia salir, si no me engaño.
¿Contigo estaban?

BRUTO.

Sí.

SERVILIA.

¿Qué te querian?

BRUTO.

Concertar nuestros votos. El Senado
Hoy se junta.

SERVILIA.

¿Hoy se junta? ¿Y le convoca
César?

BRUTO.

¡Sí, madre!

SERVILIA.

¿Y con qué objeto? Acaso
Lo ignorais?

BRUTO.

Lo sabemos.

SERVILIA.

¿Y no puedo

Saberlo yo?

BRUTO.

¡Dichosa, si ignorarlo
Pudieras, madre! ¡Y yo tambien!—¿Recuerdas
Que aquí mismo, no há mucho, alimentando
Falaces ilusiones, lo aguardabas
Todo de César? ¡Llora el desengaño!
¡César quiere ser Rey!

SERVILIA.

¡Rey!

BRUTO.

Para eso
El Senado se junta.

SERVILIA.

¿Y el Senado
Lo aceptará?

BRUTO.

Lo acepta.

SERVILIA.

¡Y esos quieren
Combatir la eleccion? ¿Esos, que esclavos
Viste ayer de Pompeyo, y hoy de César?
¡Ah! ¡todo lo adivino! ¡Hijo adorado!
No los escuches: de tu claro nombre
Su cobarde ambicion busca el amparo.
¡Ah! ¡no será! ¡tu nombre tiene el cielo
Á más noble destino reservado!—
¡Dioses, dadme valor! ¡Hijo! esos hombres
Te envidian, te odian, y á su inícuo bando
Para perderte, con astuta maña,
Te quieren arrastrar. He visto á Casio,
Que tu puesto codicia: á Decio Bruto,
Que vende á César: y al feroz Ligario,

Monstruo de ingratitud. Míralos, hijo;
¡Y mira á César!

BRUTO.

¡César!—Los romanos,
Los señores del mundo, ya á sus ojos
No somos hombres, sino vil rebaño,
Paciente grey, que á su placer traspasa.
¿Sabes, madre, que un trono hereditario
Quiere fundar!

SERVILIA.

Lo sé.

BRUTO.

¿Los cielos justos
Sabes que en tres enlaces han negado
Prole de amor á su infecundo lecho?

SERVILIA.

¡Ah!—Sigue...

BRUTO.

¿Sabes tú quién es el amo
Que á su patria destina? ¿el heredero
Que intenta designar?

SERVILIA.

¿Quién es?

BRUTO.

¡Octavio!

SERVILIA.

¡Octavio!

BRUTO.

Octavio. El Dictador le espera.
Hoy llega á Roma.

SERVILIA.

¡Dioses soberanos!
¡Octavio! ¿Octavio, sucesor de César?
¿Octavio, Rey de Bruto?—¿Y áun mi labio

Callará? ¡No, eso no! Sal de mi pecho,
Flaqueza criminal! ¡Huye, bastardo
Temor, huye de mí!—¡Dioses! ¡prestadme
Fuerza, valor, resolucion, que en vano
Pido al cobarde pecho, con que á Roma
De un porvenir indigno libertando,
Labre su dicha y su salud, y marque
Su glorioso destino al hijo amado!

BRUTO.

¡Calma esa agitacion: no temas: Bruto
Cumplirá su deber!

SERVILIA.

Tú ignoras...

BRUTO.

¡Harto
Me has dicho, madre; adios!

SERVILIA.

¡Detente! ¿Adónde
Vas?

BRUTO.

Al Pretorio voy: mi noble cargo
Me llama al tribunal.

SERVILIA.

¿Y luégo?...

BRUTO.

Luégo...

SERVILIA.

¿Al Senado no irás?

BRUTO.

¡Iré al Senado!

SERVILIA.

¡Júralo!

BRUTO.

¡Te lo juro!

SERVILIA.

¡Estoy tranquila!
¡Véte, hijo!—Aguarda. Ven... ¡ven á mis brazos!
(Se abrazan.)

BRUTO.

¡Madre, adios!—(Aparte.) ¡Quizá el último éste sea!

SERVILIA.

¡Hijo, adios!—(Aparte.) ¡Es el último este abrazo!
(Se va Bruto.)

ESCENA VII.

SERVILIA.

¡Qué repentina luz hiere mi mente
Y penetra mi ser! ¡Qué desusado
Valor, qué heroico espíritu me alienta
Y á la inmortalidad guia mis pasos!
¡Díoses que me inspirais! ¡Servilia os oye,
Y á obedeceros va! Si sella el labio
De la madre de Bruto indigno miedo,
¡La hermana de Caton arma su brazo!—
¡Licia!—El escrito es éste. Aquí mi nombre.
(Saca el pergamino y firma en él.)
¡Mi sentencia firmé!

ESCENA VIII.

SERVILIA.—LICIA.

SERVILIA.

Licia, volando,
Al palacio de César: este escrito
Pon en su mano: ¿entiendes? ¡en su mano!

LICIA.

Serás obedecida.
(Se va Licia.)

ESCENA IX.

SERVILIA.

¡Digna madre,
Digna romana soy!—Bruto, hijo amado,
Tú serás Rey de Roma: tus virtudes
Eclipsarán las de tu padre acaso:
Será el mundo feliz bajo tu imperio,
¡Y por mí lo será!—Desde los altos
Cielos oiga mi espíritu en tu boca
El perdon que allí espero, si á otorgarlo
Te basta el ver que por mi propia diestra
La antigua mancha con mi sangre lavo.
¡Ah! ¡no será Servilia, viva al ménos,
De su hijo execracion, de Roma escarnio!—
¡Hé aquí su espada! (Toma y desnuda la espada de Bruto.)
¡Oh sol! ¡tu luz me baña
Por la postrera vez!
(Mirando hácia lo exterior.) ¡Qué estoy mirando!
Ese vasto edificio que ilumina
Con vivo resplandor!... Es el teatro

De Pompeyo... Y la curia.—El pueblo acude...
Lictores la rodean... Sobre el mármol
Del pavimento colocada miro
La silla de oro... ¡Oh dicha! ¡Allí el Senado
Juntarse debe! ¡Y yo desde este sitio,
Sola y oculta, contemplar el acto
Podré, que es obra mia! ¡Ver de César
La conmocion, del pueblo el entusiasmo!...
Sí, quiero verlo: ¡lo veré!—¡Una hora!...
¡Una hora no más!... Detente ¡oh brazo!
¡Aguarda para herir que á mi hijo vea
Sobre el trono del mundo levantado!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Plaza de Roma, donde está el gran teatro de Pompeyo, al cual se vé unida la Curia, pórtico con gradería y columnata, que ocupa parte del escenario. Allí la estatua de Pompeyo, la silla de oro destinada para César, y las curules para los Senadores. En derredor edificios diversos, y calles que desembocan en la plaza.

ESCENA PRIMERA.

FLAVIO, MARCELO, ENNIO, PUEBLO, LICTORES.

Lictores colocados de trecho en trecho alrededor de la Curia.—Grupos de pueblo en diversos puntos de la plaza, tomando puesto para ver la ceremonia. Entre ellos Ennio, el esclavo de Casio.—Aparecen los tribunos Flavio y Marcelo por opuestos lados.)

MARCELO.

Héme aquí, Flavio.

FLAVIO.

Á un tiempo nos juntamos.

MARCELO.

Mi tribu he recorrido.

FLAVIO.

Y yo la mia.

MARCELO.

¿Has observado agitacion?

FLAVIO.

Ninguna.

MARCELO.

Ni yo.

FLAVIO.

No hay que temer: nadie malicia
Nuestra conjuracion.

MARCELO.

Ejecutarla
Hoy sin falta debemos, ó peligra
Un secreto entre tantos.

FLAVIO.

Hoy sin falta
Será. Bruto está al frente: en él confia.

MARCELO.

Y dime, Flavio: pues Tribunos somos
De la plebe; la plebe, ¿tú imaginas
Que en ello ganará!

FLAVIO.

Ganará siempre
Derribando un tirano que la humilla.

MARCELO.

¿Y qué vendrá despues?

FLAVIO.

Lo que viniere
Lo veremos despues. ¿Por qué no miras
Hoy lo presente, lo futuro luego?

MARCELO.

Lo presente he mirado, y á su ruina
Concurro con mi brazo. Pero dime:

La seca y desdeñosa altanería
Con que Bruto nos trata, ¿no te infunde
Recelo?

FLAVIO.

Bien: el hierro que hoy esgrimas
No lo envaines; y espera.

MARCELO.

¡Calla!

FLAVIO.

Es Ennio,
Un esclavo de Casio. (Á Ennio.) ¿Qué te guia
Á estos sitios?

ENNIO.

Mi dueño me ha mandado
Aquí aguardarle.

FLAVIO.

¿Dónde está?

ENNIO.

En la silla
Del Tribunal.

(Los tribunos se alejan.)

ESCENA II.

Los DICHOS.—LUCIO, ARTEMIDORO.

LUCIO.

Pues no hay otro recurso,
Aquí le esperaremos.

ARTEMIDORO.

Hoy su vida
Vas á salvar; la libertad te aguarda.

LUCIO.

¡Plegue á los Dioses! En su mano misma

Pondremos el escrito.

ARTEMIDORO.

Ántes que suba
Esas gradas, sabrá la trama inícua.

ENNIO.

¡Lucio!

LUCIO.

¡Es Ennio!

ENNIO.

¡Tú aquí! ¿pues y Ligario,
Tu señor?

LUCIO.

En el lecho, por maligna
Fiebre postrado.

ENNIO.

¿Su dolencia aún dura?
¡El cielo la prolongue! ¡Así te libras
De su trato feroz!

LUCIO.

Ennio... ¿Y el tuyo?

ENNIO.

Ya lo sabes: ¡tremendo! ¡Cada dia
Sobre mí cruje el látigo, y mis carnes
Abre sin compasion!

LUCIO.

¡Oh raza indigna!
¡Y hablan de libertad!

ENNIO.

Sí, ¡para ellos!

LUCIO.

Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO.

¿Cómo?

ARTEMIDORO.

¡Mira
Lo que dices!

LUCIO.

No temas: es esclavo:
El lazo del dolor con él me liga.—
Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO.

¡Yo!...

LUCIO.

No temas
Que te oiga Artemidoro; por desdicha
Esclavo fué; liberto es hoy de César.
Griego nació, y en Roma se dedica
Á la enseñanza de su patrio idioma.

ARTEMIDORO.

¡Todo á César lo debo!

LUCIO.

¡Dí!

ENNIO.

Principia.

LUCIO.

¿Anoche Casio ausente de sus lares
No ha estado?

ENNIO.

Sí.

LUCIO.

¿Cuándo volvió?

ENNIO.

Ya el dia
Clareaba. Al sueño me rendí; ¡y por cierto
Me despertó su látigo!

LUCIO.

¿Y no atinas
Dónde pudo pasar la noche entera?

ENNIO.

¡No atino!

LUCIO.

Y despues hoy, á su salida,
¿No has observado tú si algo tomaba?

ENNIO.

¡Un puñal! Sí, noté que lo escondia
Bajo su manto.

LUCIO.

¡Basta! ¡Escucha ahora!
Anoche Casio, tu señor, con Cina
En casa entró: doliente halló en el lecho
Á Ligario: fué corta su visita.
Parten; y á poco alzándose Ligario
Encendido y febril, vístese aprisa,
Y con inicierto pié tras ellos sale.
Al despuntar el alba, á la hora misma.
Que tu señor, á casa volvió el mio.
¡Espanto daba el verle! en fuego ardia
Su seca piel: exánime en el lecho
Cae; yo á su lado estaba, y en él fijas
Mis miradas.—De pronto sobre el codo
Se alza como un espectro: sus pupilas
Lanzan siniestra llama: ¡de sus miembros
La convulsion el lecho estremecia!
Y en su boca espumante estas cortadas
Frases escucho: «Hoy es... hoy es el dia!
¡Hoy me libro del peso!—Bruto... Casio...
¡Al Senado!... ¡la hora se aproxima!...
¡No olvideis el puñal!... ¡Oculto!... ¡oculto!...»—
Sus palabras el crímen que meditan
Me revelan; y á par el pensamiento
De conquistar mi libertad me inspiran.—

Ciego, resuelto, le abandono y salgo.
Á Artemidoro busco, la noticia
Le doy, y ambos de César al palacio
Corremos. ¡Vano intento! Casca, Cina,
Decio Bruto la entrada á todos cierran,
Y á los curiosos el Tribuno obliga
De allí á alejarse. La denuncia entónces
Escribe Artemidoro en su nativa
Lengua y en nombre de ambos; y aquí á César
Esperamos resueltos. ¡Ennio, imita
Mi arrojo! á nuestro nombre junta el tuyo;
¡Y por la libertad juega la vida!

ENNIO.

¡Jugada está!—¡Son ciertas tus sospechas:
Es cierta su traicion! Yo en esa intriga
Ciego instrumento he sido. Por mandato
De Casio, una vez fuí... ¡Tente! ¡oh divina
Inspiracion!...

LUCIO.

¿Qué piensas?

ENNIO.

Oye: el golpe
Pudiera aquí fallarnos. Quizá impida
La muchedumbre el paso: quizá ocurran...
¡Quién sabe! ¡mil azares!—Yo, por dicha,
Libre acceso hasta el Cónsul Marco-Antonio
Tengo: el cómo os diré.—De aquí vecina
Su casa está: venid: él es de César
Amigo fiel.

ARTEMIDORO.

Tambien fallar podria
Ese medio: uno y otro se aprovechen.
Id vosotros al Cónsul: la venida
Yo aguardaré de César. ¡Ambos medios
No han de fallar!

LUCIO.

¡Los Dioses nos asistan!
Ven por la libertad.

ENNIO.

¡Ó por la muerte!

LUCIO.

¿Qué mas nos da?—¿La esclavitud es vida?
(Se van los esclavos.)

ESCENA III.

ARTEMIDORO, FLAVIO, MARCELO, PUEBLO, LICTORES.—Luego BRUTO, CASIO.

ARTEMIDORO.

¡Le salvaré: la gratitud me impone
Este deber!

FLAVIO.

Marcelo, no divisas
Á Bruto y Casio? Ahí vienen.

MARCELO.

¡Los primeros!

FLAVIO.

¡Y pudiste dudar!

ARTEMIDORO.

Ya se encaminan
Bruto y Casio á su puesto: iré yo al mio.
(Se retira.—Llegan Bruto y Casio.)

CASIO.

¡Salud á los Tribunos!

MARCELO.

Todavía

No ha llegado ninguno.

CASIO.

Á la hora sexta
Convocados estamos, y la quinta
No es aún.

MARCELO.

¿Y vendrán?

BRUTO.

Para esta empresa
Con uno basta, y somos dos.—Retira
Del pórtico á la plebe: no conviene
Que presencie el suceso. La noticia
Saldrá de ese recinto autorizada;
Que el ser el hecho allí, le califica;
Y desnudo de lástimas plebeyas,
Brillará en su grandeza y su justicia.

MARCELO.

Lo haré.—Lictores, despejad la Curia.

(Los lictores hacen retroceder al pueblo al fondo.—Van llegando por diversas calles y con intervalos los Senadores, de los cuales, unos se quedan conferenciando en el Pórtico y otros entran en la Curia.)

ESCENA IV.

Los dichos.—CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA.

CASCA.

¡Malas nuevas!

CASIO.

¿Qué ocurre?

CASCA.

¡Contrarían
Los hados nuestro plan!

CASIO.

¿Cómo?

CASCA.

Al Senado
Quizá no venga César.

MARCELO.

¿Qué motiva
Esa resolucion?

CASCA.

Ante los Lares
Que en su palacio el pórtico autorizan,
Hoy al primer albor del sol naciente,
Sacrificó el arúspice Espurina
Una cándida res; y en sus entrañas
Siniestro agüero presentó á su vista:
¡Faltaba el corazon!—Todos á César
La nueva dan, y unánimes opinan
Que no vaya al Senado. Él los escucha
Y responde impasible: «Si á la víctima
Le falta corazon, á mí me sobra.»

BRUTO.

¡Oh! ¡vendrá!

CASCA.

De la estancia en que aún dormia
Su esposa, llega entónces á su oido
Un confuso rumor: allí encamina
Sus pasos, entra silencioso, llega
Al pié del lecho; y á Calpurnia mira
Con un ensueño lúgubre luchando.
Ambos brazos convulsos extendia,
Y entre ahogados sollozos exclamaba:
«¡Tened!... ¡perdon!... ¡perdon!...» Lumbre rojiza
Destellaba una lámpara, y el aire
En resplandor sangriento se teñia.—
Despierta luégo, y abrazando á César,
Por su amor, por los Dioses le suplica

Que no salga por hoy; que ha visto en sueños
Cien puñales alzarse, y á él sin vida
En sus brazos caer.—Decio del caso
Nos ha informado; y teme que se rinda
César por fin al llanto de su esposa,
Y nuestra junta aplace, y nos despida.

CASIO.

¡Fatalidad!

TREBONIO.

¿Qué haremos?

CINA.

Si se aplaza,
Nuestro plan se divulga.

MARCELO.

Y si transpira
¡La muerte nos aguarda!

CASCA.

¡Muerte á todos!

CASIO.

Bruto, ¿qué dices?

BRUTO.

¿Qué quereis que os diga!
Cuando se trata de salvar á Roma,
¿Á qué tanto pensar en nuestras vidas?

CASCA.

¡Nuestra muerte es la suya!

CASIO.

Y sin salvarla,
¡Duro es morir!

BRUTO.

¡Vivimos todavía!—
¡Calma! Este es nuestro puesto: aquí aguardemos.

FLAVIO.

¡Disimulad!—¡El Cónsul!—

(Aparecen los lictores precediendo al Cónsul.)

ESCENA V.

Los dichos.—MARCO ANTONIO, lictores.

ANTONIO. (Á sus lictores.)

Id aprisa,
Á Lépido buscad: aquí lo aguardo.

(Se va un lictor.—Él dice aparte.)

¡Ellos son! ¡La denuncia se confirma!—
Exploremos.—

CASIO.

¡Salud á Marco Antonio!

ANTONIO.

¡Salud á los Pretores!

CASIO.

Tu venida
¿La de César anuncia?

ANTONIO.

Siempre visteis
Puntual al Dictador.

CASIO.

El Rey podria,
Haciéndose esperar, su omnipotencia
Querer mostrarnos.

ANTONIO.

¡Rey! Para que ciña
La corona real, fuerza es primero
Que un Senado-consulto lo decida,
Y lo sancione el pueblo.

CASIO.

Nuestro voto
Le daremos allí.

FLAVIO.

Flavio os afirma
Que lo que en el Senado se resuelva,
Sancionará la plebe.

ANTONIO. (Aparte.)

¡No mentian
Los esclavos! ¡Bien hice!—Senadores:
En este acto solemne, en que se cifra
El porvenir de Roma, toca al Cónsul
Por vosotros velar, para que emitan
Todos con plena libertad sus votos.
Lictores, alejaos: las avenidas
Guardad: sólo á los Padres del Senado
Llegar hasta la Curia se permita.—
(Los lictores que rodeaban la Curia se retiran al fondo.)

ESCENA VI.

Los DICHOS.—LÉPIDO Y EL LICTOR.

LÉPIDO.

De tí llamado con urgencia, Cónsul,
Á tu mandato estoy.

ANTONIO.

Tú, que acaudillas
La órden ecuestre, Lépido, conduce
Al instante á la puerta Tiburtina
Infantes y ginetes: ni un soldado
En Roma quede: y si entre tanto arriban
Las legiones de Bríndis, que allí aguarden
Las órdenes del Cónsul.

LÉPIDO.

Á cumplirlas
Corro sin dilacion. (Se vá.)

ESCENA VII.

LOS DICHOS, ménos LÉPIDO.—VALERIO, JEFE DE LOS LICTORES.

ANTONIO.

Llega, Valerio.

VALERIO. (Aparte.)

Hecho está.

ANTONIO. (Aparte.)

¿Y los esclavos?

VALERIO. (Aparte.)

Á mi vista,
En el fondo del Tíber.

ANTONIO. (Aparte.)

Del secreto
Único dueño soy!—César, expia
Tu negra ingratitud.—¿Mi Rey Octavio?—
¡Ah! ¡no será mientras Antonio viva!
(Se va con sus lictores.)

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, ménos MARCO ANTONIO Y SUS LICTORES. Despues DECIO-BRUTO.

CASCA.

¡Sin sospecharlo, nuestro intento ayuda!

CASIO.

¿Sin sospecharlo?—¡Acaso!

TREBONIO.

¡Qué! ¿imaginas?...

MARCELO.

¡Misterioso es su hablar!

CASCA.

¡Su ausencia extraña!

FLAVIO.

¡No hay duda, algo penetra!

MARCELO.

¡Su perfidia
Nos tiende un lazo!

CASIO.

¡Aqui está Decio!

TODOS.

¡Decio!

CASCA.

¡Acaben nuestras dudas!

CASIO.

¿Qué noticia
Nos das?

DECIO.

¡Que viene César!

BRUTO.

¡Lo estais viendo!

CASIO.

¿Le persuadiste, al fin?

DECIO.

No: ¡es un enigma

Que tiemblo descifrar!—Nada alcanzaban
Mis esfuerzos: en vano la propicia
Ocasion le pintaba, y el desaire
Inmerecido que al Senado hacia,
Cuando junto en la Curia le aguardaba
Para alzarlo por Rey. Era perdida
Mi voz. Á las plegarias de Calpurnia
Iba á ceder; cuando de pronto avisan
Que en el pórtico, há tiempo, ver á César
Demandaba una esclava de Servilia.

BRUTO.

¡De mi madre!

DECIO.

Que al punto la introduzcan
Manda. Llega la esclava, y deposita
Un escrito en su mano. César lo abre,
Lo lee: sus ojos de repente brillan,
Y á sus párpados lágrimas asoman.
«¡Pronto al Senado! exclama.—Decio, avisa
Mi llegada.»—Y ahí viene!—

CASIO.

¿Y ese escrito?

DECIO.

En su mano arrollado.

CASIO.

¡De Servilia!

BRUTO.

¡De mi madre!

CASCA.

¡Si anoche, por ventura,
Nos oyó!...

DECIO.

Ella es mujer, y condolida
Tal vez...

BRUTO.

¡Ella es romana, y es mi madre!

CASIO.

¿La denuncia á venir le animaria?

MARCELO.

¡Á venir preparado á castigarnos!

BRUTO.

Pues bien; si tal sucede, ¡almas mezquinas,
Dejadme, huid! ¡lo mataré yo solo!...
¡Y á ella despues!

CASIO.

¡Silencio! él llega.

ESCENA IX.

Los dichos.—CÉSAR.

(César viene en litera, traida por ocho esclavos; le preceden los lictores; le acompañan los Senadores.)

EL PUEBLO.

¡Viva
César!

CÉSAR.

¡Salud! ¡salud, pueblo Romano!

(Baja de la litera.—Trae en la mano el pergamino que le envió Servilia.—Artemidoro pugna por llegar hasta él.)

ARTEMIDORO.

¡Dejadme... quiero hablarle!—César, mira
Ese escrito. (Le entrega el pergamino.)

CÉSAR. (Tomándolo.)

Lo haré.

ARTEMIDORO.

¡Léelo tú solo!

CÉSAR.

¡Yo solo!...

(Al abrirlo, ve á Bruto, se dirige á él conmovido, y le pone la mano en el hombro.)

¡Oh! ¡que aqui estás! ¡Cuánta es mi dicha!

ARTEMIDORO.

¡Léelo, César!...

CÉSAR. (Dándoselo á Decio.)

Entérate.—

ARTEMIDORO.

¡Tú solo!

DECIO. (Aparte, leyéndolo.)

¡Cielos!

ARTEMIDORO.

¡César, tú solo!...

DECIO.

¡Á ese que grita
Llevaos, lictores!

ARTEMIDORO.

¡Ah! ¡traidor!

DECIO.

¡Llevadle!

(Los lictores sujetan á Artemidoro, que se resiste.)

ARTEMIDORO.

¡Traidor!...

DECIO.

¡Pronto: á la cárcel Mamertina!

(Se lo llevan.—César, embebecido contemplando á Bruto, á nada atiende.)

ARTEMIDORO. (Perdiéndose á lo léjos su voz.)

¡Traidor!...

DECIO. (Aparte á los conjurados.)

¡El golpe luégo, ó nos perdemos!—

ESCENA X.

Los DICHOS, ménos ARTEMIDORO.

CÉSAR.

¡En vano, ingrato, mi presencia esquivas!
¡Con lazo estrecho unidos nuestros nombres,
Juntos resonarán desde este dia
En la remota edad!

BRUTO.

¡Así lo espero!

CÉSAR.

¡Y para el bien universal!

BRUTO.

¡Me anima
Tambien esa esperanza!

CÉSAR.

Y de vosotros
Tambien espero yo que á envejecidas
Ideas renunciando, deis á Roma
Lo que hoy para ser grande necesita:
¡Ser humana! ¡ser justa!—Esos inmensos
Pueblos, que esclavos á sus piés se humillan,
No merecen el yugo; porque nada
Guardan de su barbarie primitiva,
Y en cultura y saber, en ciencias y artes
Quizá con nuestra Italia rivalizan.—
¿Cuál es hoy su destino? ¡Ser despojo
De un Procónsul rapaz, que solo aspira
Á gozar, á oprimir, á enriquecerse,
Esquilmando su mísera provincia!—

Libertad piden: y es razon.—Vosotros,
Que tanto aborreceis la tirania,
¿Por qué quereis que la de Roma pese
Sobre el mundo, y que os odie y os maldiga?
Le hicisteis culto, ¿y le quereis esclavo?
¡Error! funesto error!—En sus conquistas,
Donde llevó sus victoriosas armas,
Roma llevó su sér, llevó su vida.
Ya Roma no está aquí: ¡Roma es el mundo!
Y desde el Septentrion á las orillas
Del lusitano mar, todo hombre libre
Ciudadano romano se apellida.
Á que cumpla este fin un Dios me llama:
Á que destruya toda tiranía.
La vuestra la primera.—Alzóse un tiempo
En interés de los patricios Sila,
En interés de los plebeyos Mario:
¡Yo, en interés de todos! Ley precisa
Será, pues todos han de ser iguales,
Que uno mande. Hoy aquí la régia insignia
Me vá á dar el Senado, y yo la acepto.
No por la prediccion de la Sibila;
Mas porque el bien del mundo la reclama;
¡Y yo me siento digno de ceñirla!—
El Senado me aguarda: entrad conmigo;
Y escuchareis el nombre del que un dia
De mi sangre heredero y de mi trono,
Rey de Roma será. La Italia rija
Por mí, dichoso; miéntras yo la Armenia
Cruzo, conquisto al Parto, la árdua cima
Del Cáucaso traspaso: y por los bosques
De la áspera Germania, y las sumisas
Galias, cerrando el círculo, os presento
La tierra entera á vuestros piés rendida.—
Todo dispuesto está: mañana marcho.—
Entremos pues: y tú, junto á mi silla
Te coloca: á mi lado quiero verte!

BRUTO.

¡Á tu lado estaré.

(Sube César las gradas de la Curia: al llegar á lo alto, el Senado se pone en pié para recibirlo. Entonces Cimbro, que iba detrás de César, le tira de la toga, descubriéndole el cuello y señalando á la estatua de Pompeyo.)

CIMBRO.

¡Pompeyo os mira!

CASCA. (Hiriendo á César en el hombro con el puñal.)

¡Muère, tirano!

CÉSAR. (Arrancándole el puñal y sujetándole del brazo.)

¡Tente, infame Casca!
¿Qué haces?

LOS CONJURADOS. (Sacando los puñales.)

¡Muera!

CASCA. (Pugnando por desasirse.)

¡Favor!

CÉSAR. (Armado del puñal de Casca.)

¡Contra mi vida
Conjurábais, ingratos!... ¡Llegad!—¡Cara
La venderé!

BRUTO.

¿Temblais? ¡Oh cobardía!—
¡Puñal! ¡Roma lo manda!

(Alza el puñal y se dirige á César.)

CÉSAR.

¡Tú, hijo mio!
¡Tú tambien! (Arroja el puñal, y se cubre con el manto.)

LOS CONJURADOS.

¡Muera!

(Siguen á Bruto, y descargan con furia repetidas veces los puñales sobre César.)

LOS SENADORES.

¡Huyamos!

(Los Senadores, que estaban en la Curia, se precipitan fuera con espanto: el terror se comunica á los lictores y al pueblo.)

BRUTO.

¡La justicia
De Roma se cumplió!

(Ábrese el grupo de los conjurados, y se ve el cadáver de César, tendido al pié de la estatua de Pompeyo, cuyo ancho pedestal le oculta en parte á la vista del público.)

CASIO.

¡Pueblo! ¡el tirano
Es muerto ya! ¡La sangre que destila
El puñal vengador tu afrenta lava!
¡Álzate, pueblo-Rey! ¡libre te miras!

EL PUEBLO.

¡César!... ¡muerto!... ¡qué horror!...

(Huyen despavoridos por diversos puntos.)

LOS CONJURADOS.

¡Huyen!

CASIO.

¡Corramos!
¡No se extienda el terror que los domina!
¡Mostrémonos por plazas y por calles!
¡Al foro! ¡al Capitolio!...

SERVILIA. (Dentro.)

¡Bruto!

CASIO. (Yéndose con los conjurados.)

¡Viva
La libertad!

BRUTO. (Deteniéndose.)

¡Mi madre!...

ESCENA XI.

BRUTO.—SERVILIA.

SERVILIA.

¡Bruto!... ¡Es cierto!
¿Qué has hecho?... ¡Dí!...

BRUTO.

¡Matar la tiranía!

SERVILIA.

¡Mátame á mí tambien!—¡Ese es tu padre!

BRUTO.

¡Mi padre!!!...

SERVILIA.

¡Lée!

(Arranca el pergamino de la mano de César, y se lo presenta.)

BRUTO. (Despues de leer.)

¡Qué horror!—¡Y tú, Servilia!...

SERVILIA.

¡Mátame!!!...

BRUTO.

¡Te perdono!—Gracias, Dioses,
Que hasta quedar mi obligacion cumplida,
No me habeis revelado este secreto!—
¡Cuánto mayor esfuerzo al alma mia
Le costára, sabiéndolo! Y acaso...
Entónces...—¡Bruto!... ¿qué? ¿vacilarias?—
¡Calla, fiera virtud! y pues los Dioses
Me han querido salvar, ¡nada me digas!
¡Tu inspiracion seguí! ¿Qué más me pides?—
¡Tu inspiracion seguí!... Pues ¿por qué agita
Mi pecho hondo terror? ¿por qué las gentes
En mí sus ojos con espanto fijan?
¡Romano soy!... ¡soldado de Pompeyo!...

¡Alumno de Caton!...—

(Dándole á Servilia el pergamino.)

¡Madre, aniquila
Ese fatal escrito!—Quien á César
Mató fué Marco Bruto!... ¡parricida
No me llameis!...—¡Qué lágrimas son estas!...

SERVILIA.

¡Hijo!...

BRUTO.

¡No más flaqueza!—¡Huye, Servilia!...
¡No te conozco ya!... ¡Roma es mi madre!—

(Óyense á lo léjos confusamente gritos del pueblo.)

SERVILIA.

¡Qué lejano rumor!...—¡Ah! ¡por tu vida
Ya comienzo á temblar!—¡Hijo, ese pueblo
Amaba á César!... ¡si á vengarle aspira!...

BRUTO.

¡Yo le amaba tambien!

SERVILIA.

¡Ah! pero en Roma
No busques la virtud, que á tí te anima!
¡Sígueme... ven... ocúltate!

BRUTO.

¿Cobarde
Tambien me quieres hoy?

SERVILIA.

¡La gritería
Se oye mas cerca ya.—¿Quién llega? ¡Es Casio!

ESCENA XII.

SERVILIA, BRUTO.—CASIO.

CASIO.

¡Bruto! ¡te encuentro al fin! ¡Patria, respira!
¡Áun vive Bruto!

SERVILIA.

Ese tumulto, Casio,
¿Qué anuncia? Dí.

CASIO.

¡La libertad perdida!

BRUTO.

¡Dioses!

SERVILIA.

¡Perdida! Pues entónces dime:
El sangriento cadáver que allí miras,
¿De qué ha servido, Casio?

CASIO.

¡Fué viviendo
Nuestro baldon, y muerto es nuestra ruina!

SERVILIA.

¡Era fundado mi temor! ¡El pueblo
Quiere á César vengar!

BRUTO.

Con frente altiva
Esperemos al pueblo: darle es justo
De nuestra noble accion cuenta cumplida.

CASIO.

¡No! no es la voz del soberano pueblo,
Del pueblo-Rey, que premia y que castiga,

Eso que oyes sonar; es el rugido
De una turba feroz de gente indigna,
Que al yugo se avezó, y hoy dócil sirve
De instrumento á la nueva tiranía.

BRUTO.

¿Qué dices, Casio?

CASIO.

Escucha: Marco Antonio
Nuestro plan sospechaba: en su perfidia,
Traidor con César, con nosotros falso,
La herencia recoger se proponia.
Muerto el tirano, á la aterrada plebe
Que huyó de aquí, reune, arenga, excita
Contra nosotros: cuéntales que César
Ordenó que á su muerte se dividan
Entre el pueblo sus bienes, sus jardines
Transtiberinos, todo. Conmovida
La plebe llora, á César llama padre,
Y en su loca embriaguez, «¡venganza!» grita.
Lépido, en esto, se presenta al frente
De sus ginetes, sabe la noticia,
Únese á Antonio, y ambos se proclaman
Vengadores de César. Ya venian
Sobre Roma los dos, cuando de pronto
Óyese hácia la puerta Tiburtina
Son de trompetas: las legiones eran
Que de Bríndis llegaban, conducidas
Por Octavio. La plebe á victorearle
Corre, le da la nueva: él se apellida
Octavio César, deudo y heredero
Del Dictador, y humilde solicita
Le den favor para vengar su muerte.
Siempre voluble, el pueblo se cautiva
De su rostro infantil, sus delicadas
Formas, su ténue voz, su faz marchita,
De su dolencia indicio, y sus facciones,
Un tanto á las de César parecidas.

Ébrio de amor, su jefe le proclama.—
Celoso Antonio, en pró de su ofendida
Autoridad, las haces consulares
Manda alzar. En su fiel caballería
Al mismo intento Lépido se apoya.—
La numerosa hueste que acaudilla
Hace avanzar Octavio.—Dos rivales
Contempla cada cual... Los tres se miran,
Sus fuerzas miden, su rencor ocultan;
¡Y en un abrazo pérfido se ligan!
Rompe entónces su furia cual torrente
Y cien proscriptos á morir destinan:
¡Nosotros los primeros!—Los Triunviros
Lanzan á la cruel carnicería
Sus feroces sicarios. ¡Roma en breve
Será un lago de sangre! Yo, por dicha,
Entre la confusion salvarme pude,
Y en tu busca volé.—¡Bruto, aún la vida
Puede ser útil á la patria! ¡huyamos
De la Ciudad!

SERVILIA.

¡El pecho de Servilia
Será tu escudo!

BRUTO.

¡La virtud no existe!
¡Es un nombre y no más!

CASIO.

¡Ya llegan!

